



AÑO IV.

Madrid, 1.º de Julio de 1879.

NÚM. 15

DIRECTOR:
EL CONDE DE LAS CINCO TORRES.

REDACCION:
calle del Sordo, 29, tercero.

PRECIOS EN ESPAÑA Y PORTUGAL.

Año..... 20 pesetas.
Seis meses..... 11 »
Tres..... 6 »

EN EL EXTRANJERO.

Año..... 25 francos.
Seis meses..... 14 »
Tres..... 8 »

EN AMÉRICA, PAGO EN ORO.

Año..... 8 pesos fuertes.
Seis meses..... 4.50 »
Tres..... 2.50 »

ADMINISTRACION:

SORDO, 29, MADRID.

á donde se dirigirán los pedidos
de suscripciones.

SUMARIO.

Una batida de elefantes en Siam, por F. O.—Observaciones sobre la langosta de la provincia de Madrid.—El vaso de agua.—Un invulnerable, acuarela, por J. L. Albareda.—El pavo real.—Curiosidades de la ciencia, por F.—Carreras de caballos en Granada.—Revista agrícola industrial: lo que sabe el colono valenciano, por el Dr. Masanleseros.—Ecos de París, por Nedec.—Nuestros dibujos de flores, por E. Malinagro.—Concurso de segadores.—Noticias generales.—Noticias de la Sociedad, por La Kasab.—Tiro de pichon de Madrid, por Avelino.—Mercado de Madrid.—Cuadrado de palabras.—Anuncios.

UNA BATIDA DE ELEFANTES EN SIAM.

La vida nómada y casi aventurera que con frecuencia se ven obligados á llevar los diplomáticos en general y los españoles en particular, me proporcionó ocasion, hace algunos años, con motivo de la ratificación de un convenio entre España y Siam, de conocer este reino.

No ignorará ciertamente el ilustrado lector que este país se encuentra en el extremo Oriente, y que su territorio se extiende por los fértiles valles de la India Transganguética. Más que las escasas nociones de geografía que adquirimos en las aulas, nos recuerda á Siam una preciosa fábula, creo de Iriarte, titulada *El Elefante blanco*.

De aquí que aquel reino indo-sínico y el animal coloso sean para casi todos nosotros ideas correlativas; en efecto, el elefante simboliza al país en su bandera y en las armas nacionales; pelea en la guerra en defensa de las comarcas donde nació, y acarrea sin descanso sus productos en tiempo más bonancible, sometiendo su salvaje fiereza y su fuerza incontrastable á la caprichosa voluntad de un muchacho.

Y esta ciega sumision á la voz del hombre es tanto más digna de notarse, cuanto que el elefante no se reproduce en la cautividad ó en la servidumbre, de suerte que no se pone en contacto con la raza humana, sino cuando ha llegado á una edad

en que todos los otros animales salvajes son ya indomesticables.

En Siam se verifica una vez al año una gran batida de elefantes, ordinariamente en el mes de Abril, y en ella se eligen los que han de ser domesticados. Invitado el que escribe estas líneas por S. M. siamesa para asistir á una de esas famosas cacerías, tuve ocasion de estudiarla en todos los detalles que verá el que leyere.

Salimos el 3 de Abril para Ayuthia, antigua capital del reino de Siam, de la que no quedan hoy más que ruinas, y que se halla separada de la corte actual, Bangkok, por una distancia de cincuenta millas, que recorrimos en un vaporcito del Estado, el *Enemy Chaser*, en poco más de siete horas, remontando el rio Me-nam. Al amanecer del siguiente día, pues el excesivo calor no permite hacer excursiones más tarde, bajamos á tierra con objeto de visitar las ruinas. En esta expedicion lo más notable fué la emocion que sentí, y que todo occidental siente invariablemente, al escalar el elefante por primera vez. Téngase en cuenta que este bicho no recibe en Siam la esmerada educacion que dan en la India á sus congéneres; luego no faltan amigos caritativos que durante el viaje le cuenten al novel jinete, ya la historia de cierto misionero protestante que dió fin á su mision padeciendo el martirio, no á manos de infieles, sino á colmillos de elefante, ya la relacion de *cornaks*—los conductores de este animalito—descuartizados por él, ya, en fin, otras anécdotas del mismo género tan amenas como edificantes para el que principia ésta, no sé si diga equitacion. A todo el mundo se le ocurre el decir para sí: «Subiré por la cola»; pero al acercarse al elefante, se encuentra con una escala de bambú colocada sobre el cuello del cuadrúpedo, y no hay más sino verificar la ascension á algunas pulgadas de distancia de aquella temerosa trompa.

Hay muchos medios de locomocion más cómodos que el de viajar en ó sobre elefante; no porque éste tenga los movimientos duros, que así y todo son preferibles á los del camello, sino porque aquél no se detiene ante ningun obstáculo y hace añicos

cuanto se opone á su paso ántes que dar el más insignificante rodeo; ni guarda tampoco consideracion alguna á su jinete, pues nunca desperdicia cualquiera oportunidad de darle un restregon contra las ramas de los árboles, por si acaso se desprenden de ellas nidos de hormiga roja, el animal más carnívoro de la creacion.

Guien al elefante dos *cornaks*, montado uno sobre el cuello y en la grupa el otro, manejándolo ambos con ganchos aguzados, que tienen ademas un pincho recto en la direccion del mango. Con este suave instrumento, introducido en las orejas ó aplicado á los ijares del animal, se le transmiten las indicaciones, las advertencias ó castigos necesarios para la marcha. El elefante no puede alcanzar á un caballo á la carrera durante los primeros diez minutos, pero sus fuerzas inagotables le dan más tarde un triunfo seguro, realizando así la fábula de la liebre y la tortuga, si bien su paso no es el de ésta ciertamente. En viaje no hace ordinariamente más de treinta millas diarias.

Aquella misma tarde debian atravesar el rio las manadas salvajes para ser encerradas en un parque rodeado de una fuerte estacada, dentro de la cual se hallan dispuestas galerías de piedra, desde donde los invitados pueden ver, como vulgarmente se dice, «los toros desde la barrera.»

A las cinco vinieron á avisarnos que se hallaban ya las manadas en la orilla derecha del Me-nam: montamos inmediatamente á caballo, situándonos en el lado opuesto para presenciar el paso del rio por los elefantes salvajes. La fiesta prometia ser espléndida, pues del otro lado se divisaba una inmensa llanura negra de la que salia un terrible clamoreo de chillidos penetrantes y descompasados, un verdadero concierto chino. Por medio de los gemelos podiamos distinguir á los elefantes, en número de más de doscientos, colosales algunos, y otros no mayores que un becerro de dos años. Por fin, impelidos por el cordon de elefantes mansos que, conducidos por hombres armados con lanzas, rodeaba la manada, empezó el vado, no sin que los animales salvajes, al tratar de romper aquella valla viviente, trabasen una lucha violenta

con sus traidores congéneres. El agua saltaba á borbotones, levantando olas de espuma, espectáculo grandioso de cuya contemplacion vino á sacarnos la voz de un oficial siamés que dirigia nuestra cabalgata y dió el grito de «sálvese el que pueda.» Con efecto, por el lado izquierdo del río desembocaba la vanguardia elefantina, á manera de una montaña que se desploma, arrancando árboles á derecha é izquierda. Esta procesion no es para vista de cerca; así que, hundiendo las espuelas en los ijares de nuestras monturas, salvamos en un momento la distancia que nos separaba de la galeria, desde donde dos minutos despues veíamos, puestos en salvo, el principio de aquel encierro de nuevo género, la llegada de las fieras al portalon de la estacada. Dificil es describir el tumulto que allí se produjo y que sólo podría reproducir el fantástico lápiz de Gustavo Doré. Los primeros elefantes, desconfiados como todos, se resistian á entrar, y acosados por los que detras venian, se revolvián furiosos, irguiendo y revolviendo sus enormes trompas, embistiendo con sus tremendos colmillos, trabándose, en fin, en la especie de embudo que formaba la estacada delante del portalon, la lucha más descomunal. En medio de una inmensa nube de polvo, cruzada constantemente por astillas de la estacada, veíase á aquellas moles negruzcas atacarse unas á otras con furia, chocar con estrépito dando infernales mugidos y rodar por tierra todos juntos en espantosa confusion, vencedores, muertos y lisiados.

El reflujó de aquella pavorosa tempestad acabó por romper dos veces el cordon formado por los elefantes mansos, con gran espanto de los curiosos indígenas, quienes, con esa indiferencia peculiar á los asiáticos, veían de cerca, en campo libre, la funcion; pero, no sin trabajo, un destacamento de mansos obligó ambas veces á los prófugos á volver á las filas, sin que lograra escaparse ni uno solo. Por fin, se decidieron á entrar los más próximos al portalon, y siguió la briosa manada saltando por encima de los que yacian tendidos en un mar de sangre.

Esta operacion es sumamente peligrosa para los ojeadores, quienes tienen que defenderse á lanzadas muchas veces, y sería completamente imposible verificarlo á caballo; pero el elefante manso protege en lo que puede la vida de sus *cornaks*, y, estrechando el cordon, forma una muralla viva que repele con los colmillos á las fieras, y las empuja con violencia hasta encerrarlas.

Dedicamos todavia algunos minutos á examinar desde lo alto á los vencidos, algunos de los cuales estaban heridos ó habian perdido colmillos en la refriega, hasta que el *God save the Queen*, marcha real inglesa adoptada en la corte siamesa, ejecutada por una banda militar, nos anunció que S. M. se retiraba, y nos reunimos al séquito.

Quedó para otro dia la segunda parte de la funcion, que es el sorteo, ó como si dijéramos, el apartado de los elefantes que se destinan á la domesticidad.

El rey regresó á Bangkok por la madrugada y nosotros volvimos al parque, en donde los ojeadores tenían ya arrinconados á los elefantes que desde aquel momento perdian su libertad para ser juguete de un sér inmensamente más débil.

A las seis soltaron fuera de la estacada el primer bicho, poderoso animal con magníficos colmillos, pero que no parecia tener en mucho el trato humano, pues apenas se vió en franquía, tomó el tole con tanta diligencia, que no hubo medio de alcanzarle ni ménos aún de detenerle.

Salió el segundo, y cuando quiso emprender el mismo viaje, se encontró cerrado el paso por cuatro mansos tripulados—permítaseme la palabra—por dos ojeadores cada uno. Despues de algunos infructuosos ensayos se consiguió echarle un lazo á una

mano, pero sin que viniese á tierra, que era lo que se buscaba; hasta que en las mil vueltas que el pobre animal daba para escapar, se enredó en la cuerda y acabó por caer desplomado, resignándose, por fin, á su suerte. Este es precisamente el sistema que Rarey aplicaba á los potros cerriles, y del cual creyó ser inventor: está basado en el principio de que todo animal se somete á la voluntad del hombre, desde el momento en que se ve obligado á reconocer su superioridad. Los siameses lo usan desde tiempo inmemorial, y segun he oido asegurar, en tres ó cuatro sesiones queda el elefante completamente sometido y amansado; pero el instinto de la independencia se encuentra tan desarrollado en este animal, que, segun me dijeron, solamente un quince por ciento de los cazados y sometidos sobrevive á la tristeza que les causa la pérdida de la libertad.

Con más ó ménos accidentes, fueron sujetos hasta sesenta; y terminada esta operacion, volvieron á abrirse las puertas del parque para dar suelta á los demas animales que, ya por su edad, ya por otras causas que ignoro, no eran útiles para el caso. El cordon de mansos los rodeó de nuevo y los acompañó hasta el otro lado del río, con objeto de evitar que entrasen en comarcas pobladas. Terminada la fiesta, regresamos á bordo del *Enemy Chaser*, que poco despues levó el ancla emprendiendo su difícil navegacion por el tortuoso Me-nam. Al ponerse el sol divisábamos ya las doradas torres y suntuosas pagodas de la corte siamesa.

Antes de terminar, añadiré que solamente el rey posee elefantes en Siam. Cuando se encuentra alguno blanco, caso muy raro, se le lleva á palacio, y allí se le pone debajo de un dosel de seda y oro, tributándosele gran veneracion y respeto, pero no adoracion, como vulgarmente se cree, pues representa, no una divinidad, sino un signo de feliz augurio. Hace ya algunos años murió el último elefante blanco, de cuya piel se conservan trozos en frascos de alcohol, constituyendo el regalo más precioso que pueden hacer los pocos á quienes es dado poseer tan preciosa joya. No encontrándose sucesor al preciado animal, S. M. siamesa ha tenido que contentarse con algunos ejemplares albinos que vi en palacio y que se distinguen de los demas de su raza en tener los ojos de un color rosado, y las orejas y las patas blancas.

En Bangkok hay ademas una seccion de elefantes de guerra que llevan sobre el lomo un cañon pedrero, los artilleros encargados de servir la pieza y dos *cornaks*. Pero como en aquel país nadie se ocupa de política, nunca ha habido necesidad de sacar á los elefantes de guerra sino para dar prestigio y pompa á las ceremonias régias.

Los elefantes domesticados que se emplean para las batidas viven en el campo, divididos por familias de padres, hermanos, tíos y demas parientes, no admitiéndose nunca en ellas mansos de diferente sangre; pero en la primavera acuden elefantes salvajes atraídos por las hembras mansas, y cada familia procura conservar al intruso para aumentar el contingente necesario para la gran batida anual de la quinta luna.

F. O.

OBSERVACIONES

SOBRE LA LANGOSTA DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Sr. Director del periódico EL CAMPO.

Muy Sr. nuestro y de toda consideracion: Los que abajo firman, Vocales de la Junta de Extincion de la Langosta de la provincia de Madrid, suplican á V. se digne insertar en su apreciable periódico las siguientes líneas:

El periódico EL CAMPO correspondiente al día 16 de Mayo último insertó un artículo titulado *Observaciones sobre la langosta de la provincia de Madrid*, firmado por el Excmo. Sr. D. Balbino Cortés y Morales, habiendo aparecido despues dicho artículo con el mismo título bajo la forma de folleto.

Esta Junta debe manifestar en primer término que no tenía conocimiento alguno de la publicacion indicada, hasta que su autor, el Sr. Cortés, tuvo la bondad de mandar dos ejemplares del folleto al Presidente y al Secretario de la misma, por cuya causa queda justificado el retraso en contestar á un artículo que la Junta unánimemente declara en oposicion á todos sus acuerdos y á la opinion de los Vocales que la forman, compañeros, desde que se constituyó, del Sr. Cortés y Morales; y que si bien le han visto siempre opinar de un modo distinto acerca de la variedad de langosta que invade la provincia de Madrid, no podia considerar de gran peso el juicio del indicado Vocal, en contraposicion con lo expuesto acerca de dicha plaga en esta provincia por la Comision encargada de dar dictámen sobre este punto, y confirmado despues por los entomólogos más autorizados de esta capital, cuya opinion se estima en mucho, no sólo en España, sino en el extranjero; tanto más enanto que en diferentes sesiones de esta Junta se habia tratado de disuadir al Sr. Cortés y Morales del error en que estaba, y no habiendo tenido razones que oponer, en la inmediata sesion volvía sobre el mismo tema, sin que ya hicieran impresion sus palabras entre las personas competentes en este punto.

La Junta de Extincion de Langosta de esta provincia confiesa lealmente que el Sr. Cortés siempre ha dicho que la langosta que en ella se encuentra no hacía daño en los campos; pero ante los hechos, que despues quedan probados, daba poca importancia á la opinion de su Vocal, atribuyendo hoy en cambio mucha á la conducta del Sr. Cortés, que, profesando las ideas expuestas en su folleto, seguía perteneciendo á la Junta y asintiendo á todos sus acuerdos, sin que haya pensado en separarse de ella hasta que, al reorganizarse con arreglo á la ley de 10 de Enero último, fué elegido dicho señor para el cargo de Vocal suplente, en vez del de Vocal propietario que él creía desempeñar en la anterior.

Como del artículo publicado por el Sr. Cortés y Morales se deduce tácitamente que, no haciendo daño la langosta en esta provincia, y siendo inútiles todos los medios para destruir la que el señor Cortés llama devoradora, la Junta de Extincion nada tiene que hacer, y en cambio ha autorizado la inversion de cantidades suministradas por el Estado, la Diputacion y los particulares, sin beneficio alguno; reunida dicha Corporacion, ha acordado contestar en un todo á lo expuesto por el indicado Vocal, y recoger despues muestras de langosta de los diferentes puntos invadidos en la provincia, con el objeto de remitirlas á la Sociedad Española de Historia Natural, y que ésta, en su superior ilustracion, manifieste si la razon está de parte del Sr. Cortés y Morales ó de los demas individuos que componen la Junta de Extincion de Langosta. En el primer caso, todos los Vocales se encuentran dispuestos á dejar de prestar servicios que les distraen de sus habituales ocupaciones, y que en cambio no tienen utilidad alguna, y en el segundo, esta Corporacion habrá vuelto por su buen nombre, que parece por el escrito del señor Cortés, por más que no habia sido esa la intencion de su autor.

Se lamenta en primer término el Sr. Cortés en el citado folleto de las sumas invertidas en la destruccion de la langosta, sin que estos sacrificios, hechos por el Estado, las Diputaciones y los pue-

blos, ofrezcan resultado alguno; y aunque dicho señor reconoce el celo desplegado por la Comisión provincial, hoy Junta de Extinción de Langosta, al llevar á cabo los citados trabajos, la Junta se cree en el caso de deber exponer, para evitar torcidas interpretaciones, que el criterio que ha presidido siempre en todos sus acuerdos, al contestar á los pueblos que pedían fondos para la extinción de la langosta, fué y es constantemente, como sabe el Sr. Cortés, obligar á las Juntas municipales para que los interesados en la destrucción de la plaga y los vecinos verifiquen el servicio de la extinción gratuitamente, sacando así á salvo los intereses del Estado y de la provincia.

Buena prueba de ello es la devolución de las dos terceras partes de las 2.500 pesetas concedidas por el Estado para el ejercicio anterior, con objeto de auxiliar á los pueblos invadidos por la langosta, y el permanecer intactas en la Depositaria de esta Junta las 5.000 concedidas por el Estado para el ejercicio presente con el indicado objeto.

Por otra parte, nadie como el Sr. Cortés y Morales puede reconocer el rigorismo con que han sido examinadas siempre las cuentas de los pueblos, por haber sido ponente en casi todas ocasiones para informar á la Junta sobre su aprobación, y gracias á este sistema, puede asegurarse que en la provincia de Madrid no se ha denunciado un solo fraude en los fondos destinados á la extinción de la langosta. Debido á esto, los gastos ocasionados en esta provincia para la extinción de la plaga, que en la campaña del 75 á 76 fueron en total 70.795 pesetas por los causados por la tropa dedicada á estos trabajos, se disminuyeron en la siguiente á 10.999 pesetas, quedando reducidos en la última campaña, con cargo al presupuesto provincial, á la cifra de 8.000 pesetas, incluyendo en ellas el personal y material de esta Junta, los auxilios suministrados á los pueblos en buitrones y material destinado á la extinción, y las visitas de los Vocales para inspeccionar los trabajos, entre los cuales se encontraba el Sr. Cortés.

Respecto á los resultados obtenidos en la extinción del insecto, la Junta de Madrid ha conseguido que disminuya de un modo enorme el número de hectáreas invadidas en la provincia, y está segura que conseguiría casi la total extinción si cuanto dispone siempre fuera secundado con igual actividad por las Juntas municipales y propietarios de terrenos adhesados, y si tuviera facultades bastantes á obligar enérgicamente á los encargados de llevar á cabo los trabajos que dispone.

El Sr. Cortés y Morales opina en su escrito que ha observado cuidadosamente la plaga de langosta en esta provincia en los últimos años, y que la ha visto reproducirse siempre con la misma intensidad y en los mismos sitios donde se procedió el año anterior á su destrucción, sin que en parte alguna hubiese causado el más mínimo daño. Respecto á la primera parte, esta Junta puede decir que existen en la provincia muchos pueblos que han tenido langosta un año, y que, debido por un lado á haber hecho en la forma conveniente los trabajos de extinción, y por otra á que la aovación se haya verificado fuera de sus términos, no han presenciado la plaga el año siguiente, pudiendo citar en la campaña actual que los pueblos más invadidos son aquellos que no han llevado á cabo los trabajos de invierno como se les ha mandado, y otros donde se han verificado operaciones de destrucción del canuto, y en los que no se ha presentado la avivación del insecto, ó ha sido con mucha menos intensidad. Y en cuanto á los daños ocasionados por el insecto, díganlo los pueblos de Titulcia, Becerril, El Escorial, Rivas de Jarama, Valdemorillo, Villa del Prado, etc. Recuerde, por otra parte, el Sr. Cortés las quejas de los vecinos de Añover de Tajo; no olvide tampoco las reclama-

ciones presentadas por el senador Sr. Estrada en sesión presidida por él, y los perjuicios ocasionados por la plaga á los vecinos de Aranjuez en varias campañas, y sobre todo, al Sr. D. Agustín Marín, actual Diputado por dicho distrito. Las contestaciones de los Alcaldes á la circular de 30 de Agosto de 1876, que cita el Sr. Cortés, pueden verse en la Junta provincial, y la que no acusa daños, que no son muchos, confiesan que, gracias á los medios puestos en práctica y recomendados por la Junta provincial, han podido evitar los perjuicios que de otro modo hubiese originado la plaga.

Los procedimientos seguidos para su extinción, recomendados desde muy antiguo y probados por una larga práctica, no han sido jamás rechazados por el Sr. Cortés, á excepción hecha de la roturación, que el mismo señor concede el celo desplegado por esta Junta para impedir en todos los casos que se llevara á cabo cuando estaba prohibida por las Reales Instrucciones de 27 de Marzo de 1876, y si la ley de 10 de Febrero último autoriza sólo en determinadas ocasiones que se meta la reja en los pastos que cubran el germen de langosta, cuando se publique el Reglamento de dicha ley, aún pendiente de resolución del Consejo de Estado, podrá ver el Sr. Cortés y Morales que esta labor ha de ser á lo más á la profundidad de 0^m,05, y en época conveniente, según que las dehesas en que se verifique sean de pastos que se aprovechan en invierno ó en primavera, con lo cual esa labor, que tanto asusta al Sr. Cortés, lejos de causar perjuicio á los pastos, los beneficia. Tranquílcese, pues, dicho señor, que la Comisión encargada de redactar la Ley y Reglamento se componía en su mayor parte de importantes ganaderos, y en todos sus individuos presidió siempre el criterio de velar por los intereses pecuarios, á la vez que se trataba de salvar los agrarios de la plaga que los amenaza constantemente.

Sin pretender esta Junta poner de manifiesto algunas inexactitudes que figuran en el escrito del Sr. Cortés acerca de la biología del insecto que nos ocupa, porque dicho señor confiesa que no es competente en este asunto, por más que se llame incansable escritor agrónomo, no puede dejar pasar el error en que se encuentra respecto á la variedad de langosta que forma plaga en la mayor parte de la provincia de Madrid.

Al ocuparse el Sr. D. Balbino Cortés y Morales en el folleto tantas veces citado de denominar ya científicamente ya vulgarmente la langosta, habla de verdaderos acridios devastadores, *Acridium migratorium* ó *Grillus migratorium* (de Linneo); de verdadera langosta, canafote, cigarrón con alas ó sin ellas, saltamontes y saltones; de langosta inofensiva; de especies emigrantes que á veces atraviesan el Mediterráneo ó proceden de la Mancha y Extremadura, etc., etc.

¿Qué es eso de verdaderos acridios devastadores? ¿Qué es eso de verdadera langosta? ¿Hay por fortuna en alguna obra de Entomología, ya pura, ya aplicada, esa peregrina clasificación de los acridios en verdaderos y falsos; de la langosta en verdadera y falsa, y de aquéllos en devastadores é inofensivos, y de la langosta en inofensiva y devoradora? Porque al asentar el Sr. Cortés en lo subrayado arriba: «verdaderos acridios devastadores, verdadera langosta», parece que hay también, falsos acridios y falsa langosta y acridios inofensivos.

El nombre acridios no es más que uno, sin divisiones en verdaderos y falsos, ni calificativos de devoradores é inofensivos. Y si el autor del folleto, con aquel nombre ha tratado de castellanizar la familia cuarta del segundo sub-orden Ortópteros, propiamente tales, y quinta de las siete en que se divide el orden Ortópteros, en la brillante obra

del sabio entomólogo D. Ignacio Bolívar y Urrutia: *Sinopsis de los Ortópteros de España y Portugal*, no ha estado acertado, porque dicha familia se llama *Acrididos*. Y si hubiera sido su objeto verter al castellano con tal nombre el de *Acridium* establecido por Serville y conservado por Staal, tampoco hubiera estado más acertado, porque jamás vierten á idioma ninguno los nombres latinos ó griegos de los géneros, á menos que no sea para indicar el sobresaliente carácter que ha sido la razón del nombre, lo cual no hace.

Para terminar este punto y contestar á la novísima clasificación de la langosta en verdadera, y á lo de las especies emigrantes que á veces atraviesan el Mediterráneo ó proceden de la Mancha y Extremadura, esta Junta se ratifica en todo cuanto desde 1875 viene consignando en comunicaciones oficiales, en la Memoria, circulares y procedimientos de extinción que el Sr. Cortés y Morales conoce perfectamente, como Vocal que es de ella, respecto al nombre específico, biología y daños que ocasiona el insecto langosta que en esta provincia existe bajo la forma de plaga. Y se ratificará, mientras observaciones más precisas no la demuestren lo contrario, en cuya demanda va á acudir muy en breve ante el único tribunal que en esta materia la merece plenísima confianza, y que es «La Sociedad Española de Historia Natural.» Mientras la respuesta de ésta viene, la Junta dice á dicho señor con el eminente ortopterologista, en su obra citada, páginas 73 y 74, lo siguiente:

«Las especies realmente emigrantes no suelen invadir la Península; al ménos, no hay dato alguno para asegurarlo; estas especies son el *Pachytylus migratorius*, L., y el *Acridium peregrinum*, Ol. La primera, que se supone originaria de Tartaria, extiende sus destrozos por gran parte de Europa, habiendo llegado á localizarse en algunas regiones del Continente; la segunda tiene un área de emigración mucho mayor, puesto que abarca desde las fronteras de la China por toda la India, Persia, Arabia y gran parte del África hasta el Senegal; esta especie atraviesa á veces el Mediterráneo, habiéndose encontrado, si bien accidentalmente, en Corfú y en las islas Baleares. Fuera de estas especies emigrantes hay otras que pudieran llamarse endémicas, indígenas de los distintos países en que se encuentran confinadas, y cuya presencia pasa generalmente desapercibida para los habitantes del país hasta que un desarrollo extraordinario llega á hacerlas temibles; son éstas, entre otras, el *Pachytylus cinerascens*, F., y el *Nigrofasciatus*, De Geer.; el *Caloptenus italicus*, L., y el *Stauronotus maroccanus*, Thunb. (*Cruciatius*, Chapt.). Todas estas especies se encuentran en la Península, donde se las conoce con el nombre algo impropio de langostas, si bien la que en estos últimos años ha invadido las provincias del Centro y Mediodía es tan sólo la última de las citadas, ó sea el *Stauronotus maroccanus*, Thunb.; según resulta de las investigaciones del digno catedrático de la Escuela de Agricultura, Sr. D. Casildo de Azcárate, ponente que ha sido de la Comisión nombrada por la Diputación provincial de Madrid, el cual, por razón del cargo que desempeñaba, ha tenido ocasión de recoger numerosos ejemplares en las diferentes localidades infestadas, ejemplares que corresponden todos á la especie indicada, así como los que he recibido de diferentes puntos de la Península. Tan sólo en Aranjuez se encontraba esta especie, acompañada de otra de mayor tamaño, y cuyas hembras ápteras tienen una facies especial y característica: esta especie es la *Cuculligera*, Perezii Bol.»

Y si todavía tiene alguna duda acerca de cuál es la especie que hoy invade bajo la forma de plaga, no solamente esta provincia, sino ocho más; si no le ha satisfecho, como parece, cuanto sobre ella

ha dicho esta Junta en su Memoria, impresa por cuenta de esta Excm. Diputación en 1875, puede salvar las dudas y quedar ampliamente convencido con lo siguiente, tomado literalmente de las páginas 135 y 136 de la obra mencionada del señor Bolívar, en que se describe minuciosamente la langosta de esta provincia, en que se afirma, *cual afirman los verdaderos observadores*, después de muchos y muchos hechos recogidos y comprobados, que esta especie es la misma que forma la plaga en las provincias del Centro y Mediodía de España, es decir, en todas las invadidas.

(Véase la obra citada, páginas 135 y 136.)

«1. *St. maroccanus*, Thunb. (Lám. III, fig. 29 y I, fig. I.) *Sin Gryllus maroccanus*, Thunberg, Mém. Ac., Pét., 5, p. 244 (1815) (Stål).

» *Stauronotus cruciatus*, Fischer Fr. Orth. Eur., p. 352, tab. XVII, fig. 11, 11 a, b, c, d.

» Amarillento ó rojizo. Quilla media de la frente, ensanchada al nivel de los ojos, y desde este punto paralela ó con sus bordes algo sinuosos, y borrada antes de llegar al epistoma, algo cóncava y punteada en los machos, deprimida cuando menos al nivel del estemma central en la hembra; fositas del vértice cuadradas ó trapezoidales, un poco separadas por delante; antenas algo deprimidas, sobre todo en el ápice. Pronoto truncado ó ligeramente avanzado sobre la cabeza, anguloso posteriormente, con la quilla media elevada y las laterales sólo visibles en los ángulos humerales, pero continuadas ó representadas anteriormente por líneas amarillas que se destacan sobre el fondo rojizo ó negruzco del pronoto, ofreciendo la figura del signo X. Elitros y alas bien desarrollados y más largos que los fémures posteriores, con el área mediastina terminada en los machos antes de la mitad del élitro, y más allá en las hembras; el área escapular bastante ensanchada, amarilla y opaca en la base, hialina en el resto de su extensión, y las venas radiales contiguas en el tercio basilar, divergentes después, especialmente la posterior, que se bifurca en el medio y que se separa más de la vena media en la hembra que en el macho. Los élitros son semi-transparentes, con el área anal rojiza ó gris, y la discoidal cubierta de manchas, que en el ápice constituyen fajas transversas mal definidas. Alas un poco más cortas que los élitros, casi hialinas, con las nerviaciones anteriores más oscuras. Fémures posteriores con cuatro manchas negras más ó menos perceptibles, de las que la última está sobre la rodilla; tibias rojizas con una faja amarilla en la base y las espinas negras. Abdómen amarillento; válvulas de la hembra negras en el ápice. — Longitud del cuerpo macho, 19^{mm}—24^{mm}; hembra, 23^{mm}—30^{mm}. » Observación. A esta especie se refieren exclusivamente todos los datos que he podido procurarme relativos á las plagas de langostas que de pocos años á esta parte vienen asolando algunas provincias del Centro y Mediodía de la Península. Como ya dejo indicado (pág. 73), mi buen amigo el Sr. don Casildo de Azcárate, vocal de la Comisión nombrada por la Diputación provincial de Madrid para la extinción de la langosta, tuvo la bondad de proporcionarme ejemplares de los recogidos por la Comisión en varios de los puntos invadidos, los cuales corresponden todos á esta especie, asegurándome además dicho señor que á la misma pertenecían los observados en todas las localidades infestadas; opinión que manifestó después públicamente en la Memoria que, como ponente de la dicha Comisión, hubo de redactar. Posteriormente, he recibido de diferentes puntos de Extremadura y por distintos conductos más ejemplares, y todos cuantos he podido examinar corresponden á la misma especie, por lo cual creo poder afirmar que la llamada langosta de Extremadura es el *Stauronotus maroccanus*, Thunb., y que si el *Caloptenus*

italicus, L., de suyo siempre abundante, ó cualquier otra especie, ha llegado á desarrollarse en estos últimos años en términos de constituir una plaga, ha debido ser en alguna localidad determinada y circunscrita, pero en manera alguna en toda la Península, como se ha dicho repetidas veces en las actas de la *Société Entomologique* de Francia. »

Esta es la langosta que hay en la provincia de Madrid y en las de Ciudad-Real, Jaén, Sevilla, Huelva, Badajoz, Cáceres, Toledo y Salamanca, y en todas constituyendo plaga y pudiendo considerarla por los daños que origina cual una verdadera calamidad pública. No es verdadera ni falsa langosta: es sencillamente langosta, y no es inofensiva, sino ofensiva y hasta asoladora. Como tampoco es verdadero ni falso acridio. Es, según el Sr. Bolívar y Urrutia, *ortóptero, correspondiente al sub-orden: Ortópteros propiamente tales, familia: Acrididos, tribu: Truxalinos, género: Stauronotus*, Fischer Fr., especie: *Stauronotus maroccanus*, Thunberg. La sinonimia de esta especie es: *Gryllus maroccanus*, Thunberg-*Stauronotus cruciatus*, Fischer Fr. Bajo este último sinónimo está descrita en las páginas 33, 34 y 35 de la Memoria de esta Junta, impresa en el año 1875. Con la descripción trascrita arriba, puede tomarse el trabajo el Sr. D. Balbino Cortés y Morales de comparar los ejemplares de la langosta de esta provincia, que ha observado con especial cuidado é interés en los años 1876, 77 y 78, y de los cuales supone esta Junta algunos habrán recogido y conservado, y así llegará á conocerla y á abandonar las especiales clasificaciones que admite en su folleto, novísimas por completo para su satisfacción.

Después de esto, se ocupa el Sr. Cortés y Morales de la alimentación de la langosta de esta provincia, y era natural que así lo hiciera. Dado á conocer el insecto de la manera que lo ha hecho en su folleto, de igual modo trata su régimen alimenticio; y con motivo de esto cita varias veces en las páginas 8 y 9 una Memoria publicada en 1875. Y sobre ésta, la Junta manifiesta que es la que formularon en aquella fecha dos delegados de la entonces Comisión auxiliar de Extinción de Langosta, que fueron mandados para visitar los pueblos invadidos por este insecto, enterarla del estado de la plaga en ellos y proponerla los procedimientos más adecuados para conseguir su destrucción. Dicha Memoria recibió la aprobación unánime de la Comisión auxiliar, y que fuera recomendada á la Excm. Diputación provincial para su impresión. Desde entonces ha venido siendo considerada como el trabajo científico de la Junta. Y sustituida ésta por la actual, continúa también haciendo suyo ese trabajo científico, con tanto más motivo hoy cuanto que, á pesar de las Observaciones del Sr. D. Balbino Cortés y Morales sobre la langosta de esta provincia, y á pesar de todas sus extrañezas y sorpresas, y de la dudosa exactitud que le merece todo cuanto por los autores de dicha Memoria se consigna relativamente á la alimentación de la langosta, hechos recogidos, no en el bufete y con libros y diccionario en la mano, sino en el campo, con el insecto y las plantas atacadas delante, ningún hecho opone á los hechos en ella consignados por sus autores, ninguna prueba á las muchas ofrecidas.

En cambio de esto, tergiversa, trastorna cuanto relativamente á la alimentación de la langosta en los estados de mosquito, mosca, salton é insecto perfecto ó voladura se consigna en la precitada Memoria de 1875. Véase en prueba lo que dice el Sr. Cortés y Morales en el segundo párrafo, página 8 de su folleto, refiriéndose á aquella Memoria, y á más subrayándolo para mejor fijar la atención del lector:

« Aunque profano, según ya he dicho, en el co-

nocimiento de las muchas familias en que se dividen los ortópteros, no dejó de causarme extrañeza que en una Memoria publicada en 1875 se dijera que la especie que en aquel mismo año invadió la comarca del Escorial roía sábanas, capotes, mantas, y tan rabiosa, que ni aun los niños pudieran librarse de su voracidad. »

En la misma página, tercer párrafo:

« Este desmesurado apetito me causó tanta más sorpresa, cuanto que en la misma se decía, respecto á aquellos terribles acridios, que sólo mordisqueaban los tallos y hojas de los cereales; roían los granos de las espigas, pero respetaban el ráquis (extremidades) y las glumillas (escamas), así como las succulentas chaparras. »

Y por último, en la misma página, cuarto párrafo, continuado en la 9, dice:

« Todo cuanto queda consignado es por demás extraño, sorprendente, no siéndolo menos que asimismo se dijera por su muy ilustrado autor, que cuando en estado de mosquito se halló el insecto, encontraría abundante producción de forraje para afectar la forma de la plaga. »

Y visto lo copiado, compárese con lo que dice la Memoria original: relativamente al segundo párrafo, primero de los trascritos arriba, en su página 24, primer párrafo, y que, copiado al pie de la letra, dice así:

« En este estado, el de salton, á que ha llegado el insecto después de experimentar tres mudas ó cambios de piel desde que nació, la voracidad es mayor, la fuerza de dispersión es mayor también; se lanzan á todas partes á devorar productos vegetales, por consistentes que éstos sean; y respecto á esto harémos notar lo que hemos observado en Aldea del Fresno, y visto y comprobado en Robledo de Chavela, Fresnedillas, Escorial y Colmenar Viejo: que en este estado, el insecto no respeta vegetal alguno, sino la chaparra; y aun llega á roer, á falta de alimento mejor, los tejidos de lana; y como pruebas de esto se nos dice en Robledo de Chavela han visto saltones roer chaquetas de trabajadores que habían dejado en las dehesas mientras se dedicaban á sus faenas, y atacar también á refajos de lana que las aldeanas habían tendido al sol en dehesas invadidas. »

Respecto al tercer párrafo, segundo de los tomados del folleto, el original, pág. 27, dice así:

« Cerca de Navallar, de la propiedad de don Luis Gutierrez. Esta finca fué dehesa en un tiempo, está roturada y sembrada de trigo. Está plagada por el insecto en estado de salton, y causa en la mencionada planta grandes destrozos: royendo primero las hojas envainadoras de la misma, y cuando esto ha concluido y tan pronto como el grano se halla formado, trepa el insecto por la caña, llega hasta la espiga y allí roe los granos que contiene, respetando tan sólo el ráquis y las glumillas. »

Y en la página 27 se lee lo siguiente:

« En el Arroyo de la Cavina, Quinto de las Infantas, hemos visto que el insecto en estado perfecto de desarrollo ha invadido un extenso sembrado de cebada, causando muy considerables daños. Muchísimos son los pies de planta cuyas hojas están devoradas por completo, mordisqueadas las cañas ó tallos, y las espigas reducidas á las glumillas que revisten los granos, por haber sido éstos decorados por completo, siendo de esto buena prueba los ejemplares que á la Comisión presentamos á nuestro regreso de este pueblo. »

Y por último, en cuanto al párrafo cuarto, tercero y último de los trascritos del folleto, la Memoria original, en su página 9, y segundo punto aparte, dice así:

« Pero llegan los años 73 y 74, sobre todo el año actual 1875, y el insecto que ya existía en dicha dehesa, y que por lo mismo en ella encontraba condiciones biológicas á propósito para su

desenvolvimiento, si bien éste limitado en el número, obedeciendo á modificaciones que en su modo de estar imprimían cambios atmosféricos que se daban en los citados años, iguales á los que debieron darse en el año 1865, le impulsaron á romper los límites en el número; éste excedió al que ántes tenía, y tal vez á la par, favorecido por una abundante producción forrajera que resultara necesariamente de ese cambio en las condiciones atmosféricas en los citados años, producción que presentaba al insecto un abundante alimento, fueran las dos influencias que determinaron en la langosta la ruptura de los límites en que venía desenvolviéndose desde el año 66 al 72 inclusive; el que afectara la forma de plaga, porque estaba sobreexcitada con un abundantísimo alimento y una temperatura alza-da.»

Nada más. Compare el lector los párrafos trascritos del folleto del Sr. Cortés y Morales con los de la Memoria impresa en 1875, y de los cuales á los primeros se pretende presentar como *fiel copia* ó al ménos *fiel referencia*, y saque después las consecuencias que le sugiera su buen juicio, y haga los comentarios que naturalmente y sin esfuerzo alguno resultan de la comparación sobre la manera leal, franca y noble con que se plantea la discusión acerca de la langosta de esta provincia, por D. Balbino Cortés y Morales.

Pero si nada opone este señor á cuanto sobre el régimen alimenticio de la langosta en sus diferentes estados de desarrollo, se consigna en la Memoria impresa en 1875, no obstante la dudosa exactitud que todo ello le merece en vista de sus propias observaciones, en cambio dice en el primer párrafo de la página 9 de su folleto, al hablar de la alimentación del mosquito: «Lo que algunos dicen es que su alimento es el rocío y las emanaciones terrestres», opinión con que se halla de acuerdo.

¿Conque el alimento en estado de mosquito de estos acridios, según algunos, es el rocío y emanaciones terrestres? Peregrina idea, con la que era de esperar estuviera conforme el Sr. Cortés y Morales, que se presenta sencilló é incansable escritor agrónomo sin pretensión alguna.

Madrid, Junio de 1879. — Bonifacio Ruiz de Velasco, vicepresidente. — Lázaro García Moreno, diputado provincial. — Manuel Llord, Ingeniero de Montes. — Juan Fernandez Albert. — Casildo de Azedrate, Ingeniero agrónomo, catedrático de Entomología de la Escuela general de Agricultura. — Antonio Montenegro, subdelegado de Veterinaria. — Joaquín Martínez Yanguas, jefe de

ña, y á las doce no rechistaba en los trigos ni una tórtola, ni un jilguero, ni una calandria. Una voz había dicho en los aires: «¡Silencio, silencio!» y la naturaleza había obedecido, como obedecen los muchachos de la escuela á la palmeta del riguroso domine. Sólo de rato en rato se oía el piar de un gorrión insurgente que gritaba en las ramas superiores de un olmo: «¡Yo no callo, yo no callo!»

¡Ah, revolucionario de los tejados! ¡Tienes tan ligera la cabeza, que para hacerte pájaro serio es preciso matarte!

¿Tejados he dicho?

Ved uno que levanta entre los árboles su monteruca roja, ornada de papietas y jaramagos. Tiene dos ventanas que parecen dos ojos, un emparrado junto á la puerta que dibuja en la pared dos sombreros parecidos á las patillas de una cara macarena, y un balconcillo de madera que simula una nariz postiza. Ver aquella fachada es ver una fisonomía humana, y cuando dentro de ella suena la vocecilla de Salud cantando coplas de tristes rondeñas, diríase que la fisonomía se anima, y se alegra, que los ojos se guiñan, que las patillas de majotiemblan de gozo, que la nariz se recoge como si la boca se alargara para echar un requiebro..... Por mémos han llevado á muchos á un manicomio; pero yo no pude ver aquella cosa sin que de metáfora en metáfora llegase á suponer que el ventorro del tío Peleando era una choza convertida en edificio por malas artes de alguna bruja.

¡Salud, Salud, Salud! ¡Qué nombre tan bonito! Su padre enfermo le repite

sin cesar, y al llamar á su hija, parece que llama á lo que le falta desde hace tantos años. Salud es el hada de la casa, un hada con vestido de percal, con pañuelo de pita, con zarcillos de vidrio, con trenzas tan negras que en sus cabos de reflejos acerados se matizan, con zapatitos de cordobán, con pañizuelo estampado. Tiene los ojos grandes como onzas de oro, negros como el fondo del pozo; sus manos, morenas de andar delante del sol volando como mariposas, son menudas, y en sus dedos afilados hay toda la delicadeza de un juguete de marfil. Es bonita, y en su hermosura hay una apacibilidad celestial de idilio.

Pues bien: ¡parece imposible!: esa muchacha,



EL VASO DE AGUA.

Fomento.—Fernando Ortiz Cañavate, Ingeniero agrónomo, Secretario.

EL VASO DE AGUA.

Era un hermoso día. Después de una mañana agradable, al dar las diez, el sol fué acercando su aliento de horno á la tierra. Los rumores de pájaros vocingleros dejaron de sonar en aquella arboleda..... ¿la veis?..... en aquella arboleda que está al lado del río como comparsa de bañistas que aguardan gozosos la ocasión de zambullirse en la fresca corriente. Quedó á las once muda la campi-

que se llama Salud, desempeña en el ventorro de su padre el papel de escanciadora, y con esas manos finas maneja los jarros, trasiega las negras heces del hondo tonel donde el demonio de la embriaguez acecha escondido, barre el portal y el soporal, mueve las mesas, ordena los bancos y cobra de los parroquianos la grasienta moneda de cobre. Lo cual prueba que la poesía es compatible con la prosa, que la prosa tiene poesía, que puede ser encantadora una mujer sin que la musa Mirle de la mitología cadavérica la envuelva en aromas de myrto, en gasas aéreas, y que tenía razón Goethe. — Goethe siempre tenía razón — afirmando que la mano que más sabrosas caricias puede daros el domingo, es la que ha barrido el sábado — dicho sea en honor del gremio de criadas.

* *

Iba cansado, sudoroso, maldiciendo del yermo paisaje, donde no hallaba sombra alguna, ni fuente que con su grato rumor y su frescura al reposo convidara. Caza no la había por aquellos contornos, y el que tras ella iba, abrumado la espalda con el peso del morral, derrengado el hombro derecho con la pesadumbre de la escopeta, abrasada la frente por el cerco del ancho sombrero, daba á todos los diablos su afición y su inútil cansancio. Como Don Quijote cuando en busca de aventuras un día entero pasaba sin hallar un mal cuadrillero, ni una princesa prisionera, ni un fraile encapuchado á quien dar á entender el peso de su espada ó la grandeza de su ánimo, el devoto de Diana preguntábase allí para su sayo si no tenía alguna maga que le fuese enemiga, la cual maga dispersaba delante de él todas las aves, y todos los bichos de pelo, dignos de bala ó perdigones.

Cuando descubrió el río se llenó de júbilo; cuando vió las cimbreadas copas de los álamos, su júbilo subió de punto: cuando columbró el ventorro del tío Peleando.... el alma se le llenó de alegría.... Desmontó el gatillo, poniéndole en el seguro, y con tan alto motivo concedió un indulto general á todos los pájaros.... que no había á su alcance.

* *

¡Santo descanso! Dios te hizo después de hacer el trabajo. Cuando el cazador cruzó la corraliza del ventorro donde una familia de gallinas bien avenidas escarbaba el suelo, una dulce frescura salió como á recibirle; así se lo imaginó él al menos al respirar el ambiente húmedo y perfumado del portal.

—¡Dios guarde á VV.!—dijo.

Y se dejó caer en el asiento que con su dura piedra le brindaba reposo.

Oyó entonces unos pasos menudos, y vió salir de la sombra del portal una figura esbelta y elegante en medio de su rustiquez. Saludó con vocellita armoniosa al recién llegado y dijo:

—¿Qué se ofrece?

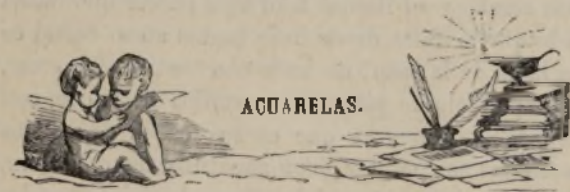
—Se ofrece.... un poco de agua.... ¡que no sea del pozo!....

—¡El pozo está seco ogaño!—repuso Salud.

—Así vengo yo.... Dime, niña, ¿no tienes padre?

—Sí, señor....

—¡Por muchos años!



ACUARELAS.

UN INVULNERABLE.

(Continuación.)

VI.

Como se refleja en las aguas de un lago el color del cielo; como varían las figuras que forman sus

ondas á impulsos del aire que las mueve; como se dibujan en su superficie las sombras de las nubes que sobre él pasan, así se reflejan en el alma humana las varias impresiones que producen en los sentidos los seres que nos rodean; así, impulsadas por fuerza desconocida, varían en el espíritu del hombre las ideas; así, por causas extrañas á la voluntad, se dibujan en el corazón humano los más extraños sentimientos.

Sea que el Marqués de Tilli empezase á echar de menos los placeres de la bulliciosa vida de París, sea que la existencia tranquila que forzosamente llevaba en Madrid influyese en su ánimo, sea que empezasen á aparecer las verdaderas condiciones de su alma, sea que causasen una nueva transformación en su organismo los malditos treinta años, es lo cierto que Eduardo se aburría, que pasaba largos ratos sentado en una butaca, distraído, contemplando cómo se perdían en el espacio las ondulaciones del humo de su cigarro; que le gustaba el silencio; que empezaba á encontrar en la soledad atractivos para él hasta entonces desconocidos; que le costaba trabajo ir al mundo; que empezaban á aburrirle los caballos y los carruajes; que le causaban hastío el lujo y los triunfos de la vida social.

¿Qué había ocasionado tan repentina transformación? Hé aquí una cosa que él mismo no se explicaba; un misterio cuya clave no quería descubrir, avergonzado, tal vez, de su propia debilidad y de lo que llamaba, hablando consigo mismo, y riéndose de sí propio, la *primavera de la vejez*. Pero era lo cierto que Eduardo montaba casi todas las tardes á caballo, y maquinalmente, forjándose la ilusión de que le era indiferente ir á un punto ó á otro, un extraño instinto le llevaba á la Casa de Campo y le hacía discurrir por los sitios en que solía encontrar á la que llamaba en són de burla su *romántico amor*.

Aquella organización bulliciosa, ajena hasta entonces á ciertos sentimientos, gozaba ahora en los paseos solitarios; la naturaleza se presentaba á sus ojos revelándole misterios antes ignorados de su espíritu; goce de que no tenía conocimiento; melancolías dulces, aspiraciones á nuevos placeres, bien diferentes de los que siempre habían sido alimento de su alma. Más de una vez había pasado cerca del Marqués de Tilli el carruaje que encontró al volver de las carreras de caballos, y más de una vez había sentido al verle una sensación vaga, incomprensible, que participaba de la naturaleza del dolor, de la naturaleza de la alegría, de la naturaleza de la esperanza.

En una de estas tardes, al atravesar las calles de árboles de la Casa de Campo, sintió repentinamente en su corazón un latido extraño, un movimiento en su pecho semejante al que había sentido alguna vez al llegar al terreno de un duelo, al exponer una fuerte cantidad en los azares de la suerte. El landó amarillo de los caballos tordos se acercaba en dirección opuesta al camino por donde venía Eduardo, que al llegar á la altura del coche buscaba instintivamente con la vista á la persona que acostumbraba venir dentro. Eduardo refrenó maquinalmente su yegua, y al mismo tiempo, por fortuna ó por desgracia, los caballos del coche marchaban despacio también; el encuentro duró naturalmente algunos instantes, los suficientes sin duda para que una mirada que penetraba en el fondo del alma pudiera descubrir aquellos sentimientos extraños, dulces, melancólicos, que no acierta á explicar el lenguaje humano.

Había en la mirada de la mujer que venía en el landó una vaguedad incomprensible; parecía que su vista abarcaba el horizonte todo que ante ella se extendía; aquellos ojos, al fijarse impávidos en un hombre desconocido, no se parecían, sin em-

bargo, á los ojos de una coqueta; al contrario, era imposible dejar de advertir en ellos una pureza, un sentimiento que estaba á mil leguas de la coquetería. Sintió el Marqués de Tilli al verse solo en las alamedas de la Casa de Campo una necesidad vaga, un deseo de volver á encontrar á la mujer que producía en su ánimo impresión tan nueva como desconocida, y poniendo maquinalmente al galope su yegua, entró por las encrucijadas y caminos que iban en la dirección que había seguido el coche.

El varón fuerte corría de un lado para otro como pudiera hacerlo el más novel galán. Cupido, desde aquel momento, debía contar una flecha menos en su sangrienta aljaba.

Al llegar á la puerta de la Casa de Campo, después de haberla cruzado por diferentes sendas inútilmente, puso Eduardo su gallarda cabalgadura al paso, tiróle las riendas sobre el cuello y entró en cuentas consigo mismo. ¿Qué locura era aquella? ¿En qué inaudita ridiculez había incurrido? ¿Qué cándido sentimiento así le transformaba y le entristecía? Y después de un momento de reflexión, acabó por reírse de sí mismo. — ¡Bah! exclamó con desden encendiendo un cigarro tranquilamente.... y las mujeres de París, y sus fáciles y pasadas conquistas, y el recuerdo de los placeres del gran mundo cruzaron alegremente y en torbellino por su memoria.

El carruaje amarillo, que volvía hacia Madrid, pasó en aquel momento otra vez al lado del Marqués, que, dueño ya de sí mismo, pudo contemplarle con la mirada del hombre corrido, con la natural altivez de su verdadero carácter, quizá con burla, tal vez con sarcasmo, como contempla el guerrero vencedor en cien batallas la sombra que le causó temor pueril, como se rie el niño atrevido del fantasma con que han querido asustarle. La hasta entonces justificada fatuidad de Eduardo debía esperar una nueva mirada; pero la mujer que iba en el coche recostada negligentemente y distraída, no reparó aquella vez en el altivo galán. Ni la elegancia del jinete, ni la pura raza de la yegua, ni las lindas corvetas que hizo al sentir el ruido del carruaje la sacaron de su arrobamiento; el coche siguió de largo, el Marqués pasó sin ser visto. ¿Qué sucedía entonces en el alma de aquel hombre? El aire dulce de la tarde, al mecer las hojas de los árboles, debe producir en ocasiones un ruido semejante á las irónicas risas de la Diosa del Amor.

VII.

Pronto se convenció el Marqués de Tilli de que sus paseos solitarios á la Casa de Campo y á la Moncloa degeneraban en tonterías, de que los sentimientos que había sorprendido en su alma podían sólo compararse con los temores que suelen asaltarnos durante la silenciosa oscuridad de la noche en nuestro propio aposento, aunque estemos rodeados de personas que velen por nuestra seguridad, temores inexplicables, reminiscencias sin duda de sustos de la niñez levantados en el alma del más bravo por una sombra, por el ruido más natural, hijos tal vez de la preocupación más descabellada y estrambótica.

Decidió Eduardo volverse á París terminado el arreglo de los negocios de su casa, objeto único de su viaje á España, convencido de que las nuevas aspiraciones de su espíritu serían enfermedad pasajera de que no debía ocuparse más. Alegre y jovial como en los primeros días de su juventud, quería volver á buscar la compañía de sus amigos, dispuesto á atolondrarse, si necesario fuese, con los placeres de un mundo de que no quería ni podía apartarse. La imagen de la *jolie veuve*, nombre que en su fuero interno daba siempre á Victorina, cru-

zó por su memoria, convencido de que en ella encontraría las condiciones que en la ocasión presente podían serle útiles y agradables.

Recordó entonces que aquella noche se abría el Circo de caballos, y comprendiendo que Victorina estaría allí, se decidió á buscar una distracción propia de sus *aburrimientos* en la *amistad íntima* de aquella preciosa mujer.

Entró Eduardo en el Circo un poco tarde, y, como había pensado, Victorina estaba allí.

La primavera engalana á las mujeres como á las plantas, á los árboles, á los prados y á los valles.

Las telas ligeras y transparentes, los colores vivos, las flores naturales son, sin duda alguna, el marco hecho por Dios para embellecer el cuadro que presenta la compañera del hombre.

Victorina se presentaba aquella noche radiante de hermosura; la desaparición de Eduardo de la buena sociedad no había entibiado el interés que, á pesar de ella misma, le inspiraba, y que se animaba, poco oculto, bajo su risueño y alegre rostro; orgullosa de tener á sus pies al apuesto y noble Marqués, desenvolvía como nunca los mágicos hechizos de su radiante hermosura.

La pública ostentación de los galanteos del Marqués la vengaba de más de una picante broma de adoradores burlados, que al mirar á su palco no podían dejar de notar la jovial indiferencia con que ella le escuchaba.

Poca curiosidad era necesario tener, en verdad, para no oír desde el palco de junto el diálogo entablado por ambos personajes.

—¿Hace mucho tiempo que no ve V. á Elena? decía Victorina con marcada intención.

—Mucho, contestó Tilli con negligencia.

—¿Se ha hecho V. hermano de San Vicente de Paul, por ventura? replicó Victorina irónicamente.

—No sería difícil, si V. insiste en tratarme tan cruelmente.

—Como no se le ve á V. en ninguna parte, se me había ocurrido aquello de «El demonio harto...»

—De desdenes, dijo Eduardo interrumpiéndola.

—Esa es fruta para V. desconocida, añadió Victorina mirando con los gemelos á los palcos de enfrente á aquel en que estaba ella colocada.

—Y por eso sin duda quiere V. regalármela con abundancia.

—No pido yo tan alto.

—Ni yo más bajo, dijo el Marqués.

—Pura galantería.

—Sería necesario escalar el cielo para subir más.

—Corren rumores en el mundo, exclamó Victorina dándole otro giro á la conversación, de que una pasión inocente y pura...

—¿De veras?

—Así se dice al menos.

—¿Lícita?

—Ya lo creo, y de ello hay que darle gracias á Dios, pues de lo contrario me temo que íbamos á ver la segunda edición del Marqués de Lombay.

—¿De San Francisco de Borja? preguntó el Marqués.

—No, de San Eduardo de Tilli, contestó interrumpiéndole Victorina.

—¿Cosa de que aparezca pronto en el Calendario?

—¿Quién sabe!

—¿Sería V. tan cruel?

—Allí entran Elena y Carlota, dijo Victorina interrumpiendo al Marqués y señalando á un palco en que tomaban asiento la tía y la prima de Eduardo.

El Marqués saludó afectuosamente con la mano á Carlota y á Elena. Carlota le devolvió el saludo más friamente que tenía de costumbre; Elena, con

la alegría de un niño que encuentra un hallazgo inesperado.

—¿Qué bonita está Elena! dijo Victorina.

—Muy bonita; y al pronunciar estas palabras miró Eduardo con los gemelos á su prima. Los dientes alabastrinos de Victorina se clavaron dulcemente en sus labios de rosa.

VIII.

Los amigos íntimos de Eduardo, que habían empezado á notar lo que llamaban la variación de su carácter, volvieron á encontrar pronto en la sociedad del Marqués de Tilli los atractivos de siempre; la tertulia se formó, como ántes, á la hora de almorzar; volvió á discutirse, saboreando una olorosa taza de té ó una copa de *Fine Champagne*, la supremacía del *Bourgogne* sobre el *Bordeaux*, la inferioridad del caballo árabe comparado con el inglés de *pura sangre*; se murmuró un poco de las almas sentimentales, de los amores *pour le bon motif*; se recordaron aventuras de juego, lances de amantes burlados, historias de maridos dóciles. Allí, gracias á Dios, como decía uno de los más asiduos concurrentes, se volvía á respirar el aire de la vida.

Se proyectaban cacerías, giras de campo, paseos á caballo, diversiones, en fin, de todas clases, propias de la edad y condiciones de los asociados.

Una de estas mañanas alegres se despidieron los comensales, convenidos en reunirse por la tarde en casa de Victorina, que era por entonces la mujer á la moda en Madrid, y á la que todos tributaban, más ó menos sinceramente, rindido homenaje.

Á la hora señalada, la comitiva aguardaba á caballo á la puerta de Victorina, que no se hizo esperar mucho tiempo. Victorina, como la mayor parte de las mujeres de su país, había adquirido bien pronto los hábitos y formas de la sociedad en que vivía. Estaba dotada su naturaleza de esa flexibilidad de costumbres que sólo poseen por lo regular los seres colocados en los extremos sociales. Lo que más se parece á una dama á la moda, exteriormente considerada por supuesto, es una cortesana del gran mundo, lo cual no quiere decir que no exista un verdadero abismo entre ellas, sobre todo desde el punto de vista del espíritu.

Victorina vestía una amazona azul corta y ceñida, cuyos pliegues dejaban descubrir los contornos de un cuerpo capaz de recordar las formas clásicas de una estatua griega. Sujetaba sus cabellos un sombrero negro de copa alta, graciosamente colocado, al que rodeaba un ligero velo del mismo color del vestido. Una yegua torda, que tenía por la brida un *distintivo jefe* de cuadra, la esperaba en el portal volviendo de cuando en cuando su cabeza, pequeña y ligera como la de una corza, para buscar un terrón de azúcar con que su ama tenía costumbre de obsequiarla las tardes que estaba de servicio. Colocó Victorina la mano izquierda, que resguardaba de los estragos del sol y del aire un ancho guante, en la horqueta de la silla, y apoyando su diminuto pie en la mano de Eduardo, que la servía de estribo, saltó ligera como una pluma sobre la yegua. La comitiva se puso luego en movimiento.

Si me preguntasen cuál es el pedestal que más embellece á una mujer, contestaría sin titubear que un caballo. Es muy posible que esto sea una extravagancia de mi imaginación, un capricho de mi fantasía; pero en ninguno de los cuadros y retratos que he visto en mi vida, en ninguna de las descripciones que en prosa y verso he leído, en cuantos tipos he idealizado en horas en que mi alma ha sido demasiado vulnerable, he encontrado, ni en el mundo de la realidad ni en el pensamiento, á la mujer en una forma más bella, que cuan-

do rige y domina con valor, soltura y desembarazo la fogosa agilidad de aquel noble bruto: además de la belleza propia del caballo, hay, para mí, algo de seductor en sus graciosos movimientos, algo de fascinador en su carrera. Me ha parecido siempre que una mujer á caballo levantaba en mi corazón un sentimiento más ideal que en ningún otro momento de la vida. El Marqués de Tilli no participaba, sin duda, de esta extravagancia mía, pues estuvo toda la tarde alegre, tranquilo y contento, pero con completa indiferencia, al lado de aquella mujer á quien admiraban todos.

Ocultaba el sol su disco de fuego, iluminando sus últimos rayos los caprichosos celajes del horizonte, cuando dama y caballeros volvían para la Corte: caminaba Victorina delante, suelta la rienda sobre el flexible cuello de su yegua, que jugueteaba con el caballo de Eduardo; la amazona charlaba risueña con el Marqués, recorriendo su imaginación, como mariposa que pica de flor en flor, todas las pasiones, intereses y deseos que se agitan en la vida humana. Eduardo la escuchaba agradablemente, no sin quedarse distraído alguna que otra vez, como si su alma se trasladase, á pesar suyo, á otro mundo que estaba lejos del mundo en que vivía Victorina. Estas distracciones, interpretadas en su propio favor, eran un manantial de esperanzas, de ilusiones para el alma de aquella mujer, que disfrutaba en aquel momento un bienestar extraño, de que hacía mucho tiempo tal vez nunca había gozado.

Interrumpiendo este diálogo, se acercó uno de los galanes que la acompañaban, y colocándose al lado de Victorina, exclamó:

—Chico, ¿no ves quién viene ahí?

El landó amarillo, que por una fatalidad del destino perseguía al Marqués de Tilli, cruzaba entonces el camino: Victorina fijó los ojos en el coche sobre que llamaban la atención de Eduardo.

—Es bonita esa mujer, dijo sorprendida: ¿la conoce el Marqués? preguntó después con femenino interés.

Eduardo, que miraba con más atención al coche de lo que Victorina podía desear, hizo un gesto negativo, levantando los hombros con indiferencia. La tercera persona que se había acercado á ellos exclamó al mismo tiempo:

—La ha visto, por lo menos, una vez volviendo conmigo de las carreras de caballos.

Con el sagaz instinto de toda alma enamorada, Victorina sintió nacer en su pecho una profunda aversión hacia aquella mujer, á la que zahirió durante el resto del paseo con mil punzantes epigramas.

Los caballos se juntaron en peloton y la conversación se hizo general. Eduardo siguió toda la tarde distraído; por primera vez de su vida, su ingenio no brillaba en una lucha de discreteos sociales. La dama del landó amarillo había pasado sin reparar en la amazona ni en su brillante cortejo.

IX.

Algunos días después de este paseo subía el Marqués de Tilli la escalera de la habitación de su tía la Condesa de... Era la noche del 17, aniversario del nacimiento de Elena. La casa estaba hecha un ascua de oro; macetas de madera labrada, de búcaro y de porcelana, cuajadas de olorosas flores y adornadas de verdes hojas, engalanaban la escalera y recibimiento; tallos de palmeras y de plátanos; floridas magnolias y matizadas alteas, entrelazadas por enredaderas de blancos jazmines y de madreselvas de diferentes colores, formaban una especie de jardín que daba entrada á los salones del baile. Era una fiesta de verano en que se respiraba la atmósfera voluptuosa de las

últimas noches del mes de Junio. Las mujeres más bellas de la Corte cruzaban por aquellas habitaciones, centro de la elegancia y del buen gusto. Creo, y de seguro no soy el solo que así piensa, que las habitaciones de una mujer, las flores de su agrado, los adornos y trajes que ordinariamente usa, son casi siempre indicios seguros de sus cualidades. No es esto decir que los datos sean infalibles, pero no son, de fijo, los que ménos hay que compulsar, como diría un jurisconsulto, para formarse idea, siquiera aproximada, de ese logogrifo viviente que se llama mujer.

En aquellos salones se retrataba el alma de la Condesa Carlota.

Eduardo entraba aquella noche en ellos, como el general cubierto de laureles vuelve despues de algunos días de armisticio al campo de batalla. En su esmerado traje, en su noble talante, en sus distinguidas maneras se descubría al antiguo galanteador, al hombre de mundo, que venía á recobrar el puesto que siempre habia ocupado en los altos círculos sociales.

La presencia del Marqués de Tilli en los salones de la Condesa, de los que faltaba algun tiempo hacia, fué bien pronto notada; la juventud elegante le rodeó al momento, porque el Marqués, como todos los seres privilegiados, inspiraba grandes simpatías y era el modelo que se proponían imitar los recién salidos del cascaron. Tutear al Marqués de Tilli era para la *pollería* imberbe adquirir diploma de hombre, y merecer un galantería de sus labios, motivo de orgullo aún para las que figuraban en el ejército de reserva que en la sociedad forman las mamás.

Los cuchicheos pasaban de boca en boca como la electricidad corre por los hilos del telégrafo. Para las viejas que adornan los ángulos de los salones, no habian pasado por supuesto sin comentarios las melancolías de Elena ni las fingidas alegrías de Victorina. Los fiscales, pues, estaban desde luego al acecho.

Segun antiguo convenio de familia, Elena iba á casarse con un joven marino, primo suyo, que venia de dar la vuelta al mundo; pero aún no estaba decidida la boda, porque secretas inclinaciones de Elena, segun vulgar comentario, destruían este proyecto. Carlota, que sólo pensaba en la felicidad de su hija, no contrariaba en lo más mínimo sus inclinaciones: lo cierto era que Elena y el marino guardaban las conveniencias sociales de un modo tal, que daban lugar con su extremada reserva á que adquiriese crédito aquel rumor. Los celos de Victorina y la vista maternal de Carlota habian adivinado hacia tiempo lo que en el mundo empezaba á sospecharse.

Carlota recibió al Marqués de Tilli con la amabilidad de siempre, redoblando, desde que notó su presencia en el baile, el vigilante interés que tenía por su hija.

La figura de Elena habia variado mucho en pocos meses. Hay dos momentos en la vida de la mujer en los cuales las trasformaciones son tan súbitas como inexplicables: uno, al sentir las primeras amarguras del amor; otro, al nacer en su corazón el afecto de madre. En estos momentos adquiere completo desarrollo ya su naturaleza moral, ya su naturaleza física. Elena era una mujer muy distinta de la que, cuatro ó cinco meses ántes, vió Eduardo en el teatro Real. Nada habia perdido de su hermosura; al contrario, tal vez habia aumentado; pero su actual belleza era de otro orden. Un traje color de lila claro, un cinturón ancho del mismo color y unos broches de esmeralda fijos en sus rizados cabellos, daban á Elena un aspecto de seriedad muy diverso de su antigua, inocente y jovial alegría; parecía una flor que, arrancada de su tallo, conservaba la riqueza de sus colores, la suavidad de sus hojas, su propia fragan-

cia, pero que habia perdido la viva lozanía de la planta. Elena, como sensitiva que dobla sus hojas al contacto del sér humano, habia doblado su alma á la pérdida de sus primeras ilusiones.

Pronto Eduardo se encontró frente á frente de su prima; pero ahora las mejillas de Elena no se tiñeron con el indiscreto carmin de otras veces; sólo en un movimiento de su seno, más agitado que de costumbre, podía descubrir un ojo perspicaz que algo pasaba en el corazón de aquella niña.

La dignidad que se alberga en todo espíritu puro, defendía á Elena. Habló un rato con natural indiferencia con su primo. Carlota, que los estudiaba desde lejos, dijo para sí observando á su hija:

—El marino está en alza.

Ya muy entrada la noche, apareció en el baile Victorina.

Una nube de encajes recogidos con herretes de brillantes sobre fondo color de rosa rodeaba su esbelto tallo. Espigas de las mismas piedras, montadas al aire y movibles como las niñas de sus ojos, adornaban su negra cabellera. Cuando la naturaleza hizo la mujer morena, fabricó sin duda el color de rosa para engalanarla. Victorina habia sabido escoger las armas con que entraba en aquella suprema lucha. Los involuntarios desdenes de Eduardo habian exaltado el ánimo de aquella belleza no vencida hasta entónces, que disputaba palmo á palmo el terreno del combate; y como la antigua Guardia Imperial, estaba dispuesta á morir primero que rendirse. Atravesó los salones con verdadero aire de triunfo del brazo de uno de esos afortunados servidores de las damas del gran mundo, especie de bastones animados útiles en ciertas ocasiones críticas, naturalezas medias que no inspiran jamas verdadero amor á las mujeres ni odio á los hombres, criaturas destinadas á conllevar las histéricas furias de las celosas, á enjugar las lágrimas de las abandonadas, á distraer á las madres impertinentes, á ser inocentes correos de palabras que envuelven un mundo de ilusiones ó un desengaño horrible, y á veces discretos testigos de bárbaras infidelidades.

Victorina, como toda mujer á la moda, tenía su estado mayor, y entre los edecanes de servicio habia escogido por acompañante al más inofensivo, al *porta-abanicos* podría decirse, lo cual probaba que los celos era arma que aquella noche no entraba en línea de batalla.

Pronto sentó Victorina sus reales cerca de una gran jardinera colocada en un saloncito pequeño ricamente tapizado de blanco. Allí, recostada en un sofá de seda de India, al que llamaba su mueble favorito, se vió al momento rodeada de admiradores.

El Marqués de Tilli, sin embargo, no formaba en el círculo. Eduardo, como plaza sitiada, no entraba en combate; era preciso tomar la ofensiva. Victorina dijo, al oír las primeras notas de un rigodon muy en boga entónces: «Esta *quadrille* me encanta.» Cuantos formaban el pequeño comité se mostraron dispuestos á bailar.

—¿Vamos? dijo Victorina tocando el hombro del más joven, y luego añadió dirigiéndose á los demas: «No es preferencia, él habló primero.» Al levantarse, como quien reparte consuelos y esperanzas al mismo tiempo, distribuyó entre sus admiradores el *bouquet*, el pañuelo y el pomo de sales.

Colocada Victorina delante de la pareja que le hacia *vis-à-vis*, descubrió á Eduardo, y fácilmente se comprende desde aquel momento todas las coquetterías y seducciones que puso en juego.

¿Qué hacia entre tanto el Marqués? Vagaba distraído, sin darse apenas cuenta de lo que pasaba á su alrededor, ya deteniéndose á hablar con los hombres políticos, ya escuchando las bromas de

la gente joven, ya contemplando solo y pensativo los cuadros, las estatuas y demas objetos de arte que adornaban los salones.

Al terminar el rigodon, Victorina pasó muy cerca de Tilli que, de espalda á ella, seguía distraído: ni el eco de su suave voz, más penetrante en aquella ocasion que de continuo, ni el resbalar de la crujiente seda de su vestido sacaron de su distraccion á Eduardo; era, pues, preciso dar la señal de combate; pero sin duda por una casualidad venturosa se le escapó á Victorina el abanico, cayendo tan cerca de los pies del Marqués de Tilli, que éste, al cogerlo y entregárselo á su dueña, como le obligaba la más vulgar cortesía, se encontró frente á frente de Victorina.

—¿Acaba V. de entrar? le preguntó ella con indiferencia.

—No; hace tiempo que he venido, dijo el Marqués.

—No le he visto á V. hasta ahora, añadió volviendo la cara para mirar á una elegante dama que pasaba cerca, movimiento que presentaba á Victorina, á los ojos del Marqués, delineando su cuerpo el más bello esbozo.

—No me negará V. que esa mujer, siguió diciendo Victorina, es algo más bonita que su desconocida de la otra tarde.

—Eso va en gustos, replicó Tilli, y sobre gustos ya sabe V. lo que el refran dice.

—¿Cómo!... le interrumpió Victorina.

—Y eso que ahora yo desmiento el refran.

—¿Por qué? y la viuda fijó sus ojos en los ojos del Marqués.

—Porque la encuentro á V. divina, y piensan como yo cuantos conozco.

—Mala prueba de ello es, en verdad, no haberme visto en el baile hasta ahora.

—Sin duda será porque el sol, cuanto más fuerte sale, más ciega á los que han estado en la oscuridad algun tiempo.

—Está V. esta noche irresistible.

—Empiezo á acostumbrarme á los rayos del sol.

Sonaron las primeras notas de un vals; un vals es para toda mujer de las condiciones de Victorina el supremo recurso.

—¿No baila V., Marqués? dijo sonriéndose Victorina.

—Hace tiempo que por inútil abandoné el oficio, contestó Eduardo.

—¿De veras? dijo Victorina.

—¿Me ha visto V. bailar?

—Alguna prohibición misteriosa; alguna palabra empeñada. Tengo curiosidad de saber si es V. capaz de cumplir una palabra.

—¿Señora! dijo el Marqués asombrado.

—A las mujeres, se entiende, añadió Victorina interrumpiéndole afablemente.

—¿Y V. lo duda?

—Voy á creerlo al verle á V. figurar entre los hombres graves... Haya ó no palabra empeñada, dijo Victorina haciendo un signo afirmativo, el amor únicamente le impide á V. bailar.

—No por cierto... el baile es la guerra de los salones, y yo estoy herido; formo ya entre los inválidos.

• —¿Y nadie tendrá la virtud de curarle?

—Usted tan sólo, replicó el Marqués, cediendo á su inveterada costumbre de decir galanterías.

Victorina no necesitaba más.

—A verlo, dijo la viuda centuplicando sus naturales atractivos.

El Marqués caía en las redes y Victorina empezaba á triunfar.

Recostada dulcemente en el brazo del Marqués, colocando en el hombro de éste la mano izquierda, en la cual apoyaba en ocasiones su rostro, recogía con la derecha la falda del vestido lo suficiente

para descubrir el pié más bello que pisó jamás par-
quet alguno. Su cuerpo esbelto, flexible y cim-
breante se doblaba en los alternados giros del
vals, como si una fuerza magnética le comunica-
se un doble movimiento; no parecía sino que el
talle giraba sobre sí mismo, dentro de los brazos
de Eduardo, siguiendo el acelerado compás de una
música que los arrastraba en torbellino.

Latía el corazón de Victorina, y los movimien-
tos de su pecho no eran imperceptibles para Eduar-
do; más de una vez sus rizados cabellos tocaron la
cara del Marqués; quizás al atravesar por entre
aquella multitud de parejas se juntaron sus ros-
tros; tal vez Victorina llegó á soñar recordando el
verso del Dante:

Amor ch'a null' amato amar perdona,

que ardía ya en el espíritu de Eduardo el fuego en
que su alma se consumía.

Elena, desde un extremo de la sala, contemplaba,
pálida como una estatua, á aquella pareja, que era,
sin duda, el más bello ornato de la fiesta, y Car-
lota, sin que nadie lo notase, observaba á su hija.
Antes que el vals terminara se sentaron Eduardo
y Victorina. La atmósfera de la sala, la excitación
de su espíritu, habían encendido el sonrosado co-
lor de sus mejillas; sus ojos despedían rayos de
fuego; algunos cabellos cortos, que el movimiento
del baile había separado de los demás, formaban
ligeros rizos sobre su frente; al menor movimien-
to de su cuello exhalaban chispas de luz las espi-
gas de brillantes de la corona que ceñía sus sienes;
entreabierta su boca por la agitada respiración que
el cansancio la producía, y por una vaga sonrisa,
descubría los blancos y nacarados extremos de sus
preciosos dientes; su seno se agitaba en rápido
movimiento, y su espalda, más inclinada hacía
adelante que de ordinario, mostraba la perfecta
redondez de sus torneados hombros.

Las sillas que había en el salón estaban casual-
mente muy juntas: sin darse cuenta de ello, Vic-
torina había cubierto con la falda de su vestido al
Marqués, que quedó sepultado bajo una nube de
encaje y seda. Era imposible no admirar en aquel
momento la hermosura, la gracia, el incentivo que
rodeaba á aquella mujer cuya atmósfera respiraba,
cuyas pulsaciones sentía, cuyo aliento venía á he-
rir su rostro, y, sin embargo, preguntándose Eduar-
do á sí mismo lo que le pasaba, sintió su corazón
muerto, su alma helada, su pensamiento lejos de
allí. El Invulnerable, como el amante resiste al
fuego, era insensible á todo hechizo. Victorina ha-
bía quemado en balde el último cartucho.

Los espíritus fuertes desdeñan los bailes como
diversión fútil é indigna del hombre; y, sin em-
bargo, ¡cuántas dichas y cuántas desgracias res-
pectables habrán tenido origen en un vals, en un ri-
godón ó en una pokla!

Elena, concluida la fiesta de la noche de su
cumpleaños, entró en el cuarto de su madre, la
dió, como tenía de costumbre, un beso en la fren-
te, y le anunció que estaba decidida á casarse con
su primo el marino. Victorina, á quien había lle-
vado al coche uno de sus más constantes y rendi-
dos adoradores, exclamó tirando desesperada el
abanico y el pañuelo en el rincón de la berlina:

—¡Pasar la vida rodeada de esta turba de
necios!

Eduardo, que bajaba la escalera bostezando,
decía para sus adentros:

—Decididamente, me aburren estas mujeres.

J. L. ALBAREDA.

(Se continuará.)

EL PAVO REAL.

Antigüedad del prestigio de esta ave.—Salomón y Alejandro.—El pavo real
en Grecia y Roma.—Los comentaristas del Génesis.—Los bárbaros.—El
feudalismo.—El pavo real en la Edad Media.—Don Enrique de Villena.—
Las cortes de amor.—El Arte cisoria y el pavo real.—El rey Artus y los ca-
balleros de la Tabla Redonda.—Voto del pavo.—Poemas.—Aderezo y ado-
bo del pavo real.—Faysan á la financière.—El pavon, el pavo y el Ren-
cimiento (1).

Desde la más remota antigüedad fué conocido por el
hombre el soberbio y nunca bastante ponderado pavon ó
pavo real, hoy relegado como simple objeto de curiosidad
en los estrechos límites de los jardines zoológicos y parti-
culares. Los libros sagrados le mencionan ya como uno de
los más preciosos y más raros productos traídos del Asia
por las huestes del rey Salomón. Aparece luego en Grecia,
á la vuelta de la expedición de Alejandro á la India; y tan
prendado quedó el héroe de la magnificencia del ave, que
prohibió, bajo las penas más severas, que se le hiciera da-
ño alguno. Por largo tiempo fué objeto de crecidísimo pre-
cio en Atenas, adonde acudían ansiosos de contemplar la
maravillosa ave los pueblos vecinos. De Grecia pasó á Ro-
ma, y el pueblo rey, más cuidadoso de los placeres gastro-
nómicos que de la simple satisfacción contemplativa, no
tardó en perderle toda clase de respetos, sacrificándolo san-
guinario á su inverosímil gula.

Su rareza y su extraño mérito fueron causa de que los
opulentos patricios se dedicaran con ahínco á promover su
reproducción, no omitiendo medio alguno de conseguirla,
para hacer luego platos de sesos del coronado volátil, co-
mo los confeccionaban con lenguas de ruiseñores, ó con
bigados de escaros.

Fué generalizándose así el uso de esta gallinácea para la
mesa, y su carne, á la que atribuyeron los romanos condi-
ciones de delicadeza y excelencia, cuya falta de funda-
mento ha demostrado la moderna sítología, buscada con
especial empeño y tenida en alta estimación.

Así encontraron al pavon aquellos comentaristas del
Génesis que interpretando á su manera la letra del versicu-
lo 21 del capítulo primero, hallaron que las aves y los pe-
ces eran de una misma naturaleza, y por ende manjares de
vigilia; y San Basilio y San Ambrosio y otros muchos pa-
dres de la Iglesia, opinando así, pensaron también como
Dios que todo ello era bueno (2).

Pero aunque el pavon venía ostentando desde largo
tiempo los espléndidos colores de su manto real, en el que
los rubios y el oro se combinan con los más vivos matices
de la esmeralda, su altiva corona y su arrogante atavío
ante los ojos de los reyes del Asia, ante los austeros grie-
gos apasionados de todo lo bello, ó entre los prostituidos
romanos que le humillaron confundiendo con la mucho-
dumbre de raros productos, que procedentes de todos los
países del universo llevaban á sus mesas, el pavon no ocu-
pó el lugar á que el destino le tenía llamado.

Derrumbado el caduco imperio romano por las salvajes
hordas de Atila, los hombres que, á fuerza de discurrir
viandas, ya no sabían qué comer, tuvieron que modificar
sus costumbres, abandonar sus hábitos y restringir sus ne-
cesidades al verse dispersos, avasallados y sometidos por
aquella invasión destructora de los hombres de los bosques
germanos.

Aquel torrente impetuoso que arrastró consigo todas las
instituciones sociales y políticas, derribó igualmente las
mesas de los romanos, como no podía menos de suceder,
siendo la gastronomía una ciencia que tan íntimamente re-
lacionada se encontraba con aquéllas, y que tan profundas
raíces había echado en la civilización del imperio. Los fe-
roces invasores acabaron, por el momento, con todos
aquellos extraviados refinamientos, con las originales con-
cepciones sítológicas, con el inverosímil perfeccionamien-
to á que los degradados hijos de Bruto habían llevado
el arte de comer, y á su vista huyeron espantados los peces
raros aprisionados en los viveros á su elemento natural y
libre; las aves extrañas traídas de remotos países tendie-
ron el vuelo y desaparecieron de aquellas regiones, donde
sólo una muerte cruel y refinada martirio les estaban re-
servados.

No podía el pavon esperar de los rudos germanos ni si-
quiera la admiración que por largos años le tributaron los
griegos; ni debía esperar que les impusieran sus regios atri-
butos ni la fama de sus cualidades gastronómicas; y así
desapareció de la escena en que se libraba entonces una
de las más aflictivas tragedias que el mundo ha presen-
ciado.

No fué sino mucho más tarde, cuando empezó á apare-
cer el feudalismo y aquellos mismos conquistadores fueron
constituyendo multitud de pequeños reinos, y que, anden-

do el tiempo, empezó á desarrollarse en ellos el apego á la
malicia y á los placeres, cuando el pavo real, símbolo aca-
bado del poder personal, atributo del feudalismo absoluto
y uno de los productos que más podían satisfacer por sus
apariencias las aspiraciones aparatosas y deslumbrado-
ras de aquel tiempo; ave, en fin, cuya historia estaba rela-
cionada con todas las ideas autoritarias, entró con la cabe-
za erguida, enhiesta la alta corona y orgullosamente ten-
dido su espléndido manto, en los alcázares suntuosos y
fortificados castillos de los barones feudales.

Un poeta del siglo XIV indica cuál era su importancia,
en estos versos:

Traía buena mesnada rica de infanzones
... los lozanos pavones
Venían muy bien guarnidos, enfiestos los pendones,
Traían armas estranhas e fuertes guarnisioes (1).

De plumas de pavon se hacían los mosqueadores reales
que manejaban los primeros magnates de la corte durante
el yantar del rey, y en otros muchos adornos eran la parte
principal.

Si los banquetes de la Edad Media no eran como los de
los romanos, insensatos alardes de un lujo destructor y de
una fastuosidad inútil, en cambio carecían de aquel carác-
ter de severidad y confraternidad relativas que aparecían
en el servicio y en los trajes.

Los señores feudales hacían servir á sus mesas terneras
enteras, doradas y rellenas de aves; manjares más sólidos
que vistosos; pero al mismo tiempo, la sala de los ban-
quetes, el palacio, era un verdadero templo dedicado á la
diosa Gasterea, donde se tributaba un culto rígido al
señor y á sus comensales, y donde desde el último paje de
cuchillo, hasta el mismo rey, había una íntima gradación
de dignidades y diferencias jerárquicas. Allí tenía su asien-
to natural el pavon, allí donde todo estaba en armonía con
él, desde los suntuosos tapices ó paños historiados, los es-
pléndidos trajes de los servidores y la riquísima vajilla,
hasta la soberbia apostura y solemnes ceremonias con que
se procedía al importante acto del yantar.

Don Enrique de Villena bien deja comprender la impor-
tancia que tenía el pavon al poner la descripción de su ta-
jo á la cabeza de todas las otras aves. Más de una familia
le ostentaba íntegro ó en parte como figura en su escudo.
En las cortes de amor de Provenza solía darse como reom-
pensa una corona de plumas de pavon. En suma, no se da-
ba banquete de gala en que no figurase como el más dis-
tinguido manjar. En estas ocasiones acostumbrábase ser-
vir asado, entero y hasta con sus plumas y cola, como dice
detalladamente D. Enrique en el pasaje á que se refiere
este Apéndice. Lo de conservar las plumas se conseguía
desollándole con mucho tiento. Después de asado con las
precauciones que el autor del Arte Cisoria ya indica, se le
volvía á poner la piel, se cosía y se le atusaban las plu-
mas y armaba la cola. Algunas veces, en los banquetes
que se daban después de los torneos, y si el caballero que
había salido vencedor se hallaba presente, le cabía y cor-
respondía la honra de trinchar el pavon, y la habilidad
consistía en hacerlo de manera que pudiesen gustar de
él todos los convidados. En la novela caballeresca de Lan-
celote del Lago, en una cena que supone dada por el rey
Artus á los caballeros de la Tabla Redonda, presenta al
monarca trinchar el pavon y le elogia por haberle dis-
tribuido con tal acierto, que los ciento cincuenta comen-
sales quedaron satisfechos y probaron algo de la aristocrá-
tica ave.

Ella fué una de las destinadas á recibir los solemnes vo-
tos que en ocasiones determinadas hacían los héroes y
caballeros andantes, siendo las otras, especialmente, el fai-
san y la garza real. Felipe el Bueno, duque de Borgoña,
dió un espléndido y solemnisimo banquete en Lila, con
ocasión de recibir al mensajero que le enviaba Nicolás V,
Papa, con la misión de instarle á que no cesase en sus pro-
pósitos de ayudar á la cruzada que se proyectaba contra el
Gran Turco (1454). Felipe, en el banquete, con gran apa-
rato y minuciosas ceremonias, hizo su famoso Voto del fai-
san, según unos, del pavon, según otros, comprometiéndose
á combatir cuerpo á cuerpo, ó poder á poder, con el
Gran Turco. Estos votos cumplíanse, por lo general, con
escrupulosa religiosidad.

A principios del siglo XIV se escribió en Francia un poe-
ma titulado Roman du pavon, en el que figuran como par-
te muy esencial estos votos que se hacían sobre el ave fa-
vorita de Alejandro el Magno y que fué servido en el ban-
quete que se dió después de la muerte de este héroe. Hay
motivos para creer que á mediados del mismo siglo se es-
cribió en castellano otro poema, el que se supone imitación
del Roman du pavon y cuya pérdida lamentan los amantes
de la literatura patria, para quienes no puede ser indiferen-
te nada que señale el desarrollo progresivo del arte y del
idioma castellanos, principalmente en los siglos medios.

Por lo demás, tanto esta como otras de las de mayor ta-
maño que cita D. Enrique de Villena, se aderezaban prin-

(1) Es este artículo uno de los Apéndices que ilustran la edición que ha
hecho nuestro querido amigo y compañero D. F. B. Navarro, del curioso é
interesante tratado que escribió D. Enrique de Villena, titulado Arte cisoria,
y que dentro de breves días se pondrá á la venta.

(2) *Crescitque Deus cele grandia et omnia animam vicentem atque mola-
bilem quam produzerant aque in specie suas, et omne volatile s cunctum ge-
nus suum. Et vidit Deus quod esset bonum.*

(1) El Archipreste de Hita en sus Cantares, cap. 1069.

principalmente rellenándolas con una masa compuesta de salpicon de carne de ternera ó cabrito convenientemente salpimentada y mezclada con pasas y castañas, ó ciruelas de Damasco, ó criadillas de tierra, ó trufas. Momentos antes de apartarlas del asador se espolvoreaban con azúcar y polvos aromáticos, se rociaban con la *camalma* ó con zumo de naranjas y agua rosada, y se servían con una salsa picante.

Como se ve, no hay gran diferencia entre un *pavon* ó una cigüeña así preparado, y el magnífico *faisan à la financière* de la *grande cuisine* moderna.

Pero todas estas magnificencias vinieron à tierra con la aparición del *pavo*, en los dominios culinarios, ave esencialmente democrática, quien, presentándose con el Renacimiento, fué el símbolo de otra era de que no podemos tratar aquí, pero que nos dará asunto para ulteriores estudios.

Sic transit gloria mundi.

CURIOSIDADES DE LA CIENCIA.

LA CRISIS CLIMATÉRICA Y SUS CAUSAS.

Los comerciantes de novedades están en una época de marasmo.

—¿Concibe V. una temperatura como ésta? me decía ayer uno de esos industriales que, salido del cero, ha llegado à millonario en diez años; hé aquí aún otra estación perdida, todo un surtido de artículos de primavera sin salida. ¡Es decir, perder un dineral! ¡Vaya al diablo el mes de Mayo!

—Pero podrá V. darles salida el año que viene.

—¡Qué hombre! el año que viene será peor. ¿Quiere usted apostar que se patinará el día de la Ascension y que se llevarán pieles aún el día del Corpus? ¡Vea V. esos cuellos levantados, esas manos en los bolsillos, esas caras violetas, y estamos à fin de Mayo! Sin participar del pesimismo de un comerciante, reconozco que tiene razon para quejarse. La señora primavera es ya un personaje de leyenda. Abril, ese alegre embalsamador de savia cantado por los poetas, lleva botas y guantes de abrigo. Mayo tira con la brisa, y la galante primavera, que antes se saludaba à las primeras sonrisas de Marzo, es hoy una estación problemática, que empieza en la Pentecostes para acabar en la Trinidad. Estas oscilaciones, estos cambios de temperatura, esta creciente modificación del clima, me han parecido dignos de fijar la atención del lector sobre un problema terrible: *el enfriamiento de la tierra*.

¿Nuestro planeta tiene, sí ó no, un foco central de calor? ¿El astro luminoso del que depende la vida de los seres que hormigüean en su superficie, nos envía rayos de igual intensidad? ¿Estamos, en una palabra, amenazados del doble cataclismo de una extinción total del sol y de una solidificación absoluta de las materias ígneas que cubre la corteza terrestre?

Tal es la cuestión que voy à examinar rápidamente.

En el estado actual de los conocimientos humanos, la hipótesis generalmente admitida por los geólogos da à nuestro globo un origen de fuego. Pues bien, si se acepta con la ciencia moderna la teoría del fuego primordial, se llega à esta conclusión; que la tierra pierde cada día cantidades infinitesimales de su calor central, y que las capas profundas del suelo se van espesando por grados, hasta el momento en que la masa entera será sólida y fría. Es evidente que en este momento toda manifestación de la vida será imposible. Los mares, congelados, no contendrán ningún ser; las tierras estarán desiertas y desoladas, como aquellas regiones polares donde despues de Franklin tantos exploradores han perecido, todo estaría muerto; las ciudades, los palacios, los bosques y las ondas no existirán. Un silencio absoluto reinará sobre la inmensidad.

Por su lado, el sol, mundo aún en la infancia, que se agita hoy en el caos, habrá pasado por las mismas fases que nuestra tierra. Como ella, condensará sus océanos de vapores, enfriará sus continentes, fijará sus macizos montañosos, y verá florecer multitud de seres en su superficie aún templada. Un mundo nuevo, más rico, más brillante y más perfecto que nuestro miserable átomo, tomará su lugar en medio de los cielos, y en este concurso perpétuo de la vida, el soberano señor de todas las cosas hará brillar su poder y su eternidad.

¿Cuánto tiempo se necesitará para que se realice la primera parte de este programa? ¿En qué número determinado de siglos, nuestra raza habrá dejado de vivir?

A fin de no alarmar à nadie, me apresuro à decir que ni nuestros nietos, ni los biznietos de nuestra tercera descendencia, verán este horrible minuto, en que la muerte universal resonará en el mundo. Tenemos, à Dios gracias, tiempo de gozar y sufrir antes de aquel fatal toque de trompeta. Pero no debemos engañarnos; entramos dulcemente en la edad caduca del planeta. Nuestro vehículo se atasca. La decrepitud empieza; la tierra se enfria. Voy à tratar de probarlo.

Los cambios climatéricos sobrevenidos durante el período histórico son desgraciadamente poco conocidos, y las observaciones precisas no datan sino de una época muy cercana à la nuestra. Sin embargo, es fácil seguir, à traves de las edades, la alteración creciente del régimen atmosférico.

¿Quién no conoce, por ejemplo, la existencia de los mamouths, de los elefantes y fieras, en algunas regiones de los tiempos ante-históricos? Sus osamentas se ven, por decirlo así, à cada paso. Mr. Lartel ha encontrado monos, panteras y jaguares; Mr. Filled, hienas y gatos-tigres en las cavernas del Tarn, del Gers, y del Ariège. En el N O. y occidente de la Francia, se han descubierto hojas de palmera: troncos de grandes árboles propios de las regiones tropicales, se han descubierto al Este, al Norte y Oeste de la Francia. Se puede inferir de estos testimonios que el calor ha disminuido considerablemente, desde que esos animales y plantas han desaparecido.

¡Saltamos una larga serie de siglos! Los galos iban desnudos ó poco menos. ¿Era à causa de su civilización primitiva, ó bien por que el clima de la Galia era ménos rigoroso que hoy? Me inclino à creer que era por este último motivo. Ved, si no los esquimales, que aún no están civilizados, apenas enseñan la punta de la nariz, mientras los japoneses, à quienes nadie negará una superioridad intelectual, ocultan justamente lo que lucen nuestras estatuas.

No hay civilización ni pudor que valga: ante el sol, todos los pueblos se descubren.

Aquí llevo à hechos científicos preciosamente registrados por hombres cuyo nombre hace autoridad. Arago comprueba la retrogradación gradual de los viñedos hacia el Mediodía de la Europa.

«En nuestros días, dice, no se cultiva ya la viña à orillas del golfo de Bristol, ni en Flándes, ni en Bretaña, y estas comarcas que las crónicas nos dicen habían producido exquisito vino, no dan actualmente uvas maduras más en los años excepcionales.»

Títulos de propiedad citados por Mr. Fuster y remonando al año 1561, demuestran que antes se vendimiaba en alturas de 600 metros, sobre los flancos de las montañas del Vivaray, donde hoy la viña no da fruto.

En los alrededores de Carcassone, el cultivo del olivo ha retrogradado de 15 à 16 kilómetros al Sud, desde hace unos cien años. La caña de azúcar, dice Mr. Réclus, ha desaparecido de la Provençe, donde estaba aclimatada; los naranjos de Hieres, cuyo cultivo se extendía en el siglo XVI hasta el pueblo de Cerces, han sido atacados por la enfermedad, bajo un cielo que no le es ya favorable, y han tenido que reemplazarlos por árboles de fruto ménos susceptibles al frío, como los melocotones y almendros.

En Suiza, en los Alpes, la flora glacial ha invadido cumbreros cubiertos antes de magníficos bosques, de los que aún se encuentran los poderosos troncos y las robustas raíces.

En Alemania, las plantas de las *steppes* se ven en nuestros días en medio de los campos antes fértiles. Todos los botánicos han señalado este hecho, y en apoyo de sus observaciones, los meteorologistas prueban, mediante la temperatura diurna, mensual y anual, que el frío ha aumentado sensiblemente en aquellas regiones.

La Irlanda y la Groelandia Oriental son mucho más frías que en el siglo XIV, porque en la primera han dejado de crecer los árboles grandes, y en las orillas opuestas de la otra comarca, gran número de valles antes habitados son hoy completamente inaccesibles, por haberlos invadido las nieves.

Sería muy fácil multiplicar las citas para deducir con más fuerza esta desoladora verdad: la tierra se enfria. Prefiero limitarme à los irrefutables hechos que preceden, y si el lector dudase aún, le diría:

—Preguntad à los ancianos; ninguno de ellos encontrará en los recuerdos de su infancia rigores análogos à los que sufrimos. De memoria humana, nunca se había visto que la nieve cubriese el 15 de Mayo las mesetas del centro de la Francia; antes el invierno era continuación del otoño, y la primavera se prolongaba hasta el verano. Hoy las escarchas empiezan en Octubre y duran aún en los primeros días de Junio.

Es preciso tomar un partido: el calor se retira de nosotros; al mismo tiempo que desaparecen las grandes especies animales, los vientos helados del polo se acercan, las brumas invaden poco à poco el Mediodía, los climas excesivos avanzan gradualmente hacia el Oeste, la corteza terrestre se espesa, y no está lejano el tiempo quizás en que los pueblos, echados por el frío de las regiones intra-polares, se refugien en el país del Ecuador, que alumbra y calienta los rayos de un sol vertical.

En el próximo artículo estudiaré las consecuencias probables de este estado de cosas, y sin dejar el dominio de las hipótesis, narraré los últimos días de la tierra.

F.

CARRERAS DE CABALLOS DE GRANADA.

DÍAS 17 Y 18 DE JUNIO DE 1879.

Presidente honorario: S. M. el Rey.

Presidente: D. Antonio Cordon y Cabrera.

Jueces de campo: D. Luis Andrade, D. Pedro Alvarez.

Jueces de salida: D. Francisco Bermudez de Castro, don Rafael Diaz Rogés y D. Fernando Contreras.

Jueces de peso: D. Joaquin Dávila, D. Arturo Albareda, D. Enrique Tortosa.

Handicaps: D. Luis Dávila Ponce de Leon, D. Mariano Agrela, D. Francisco Gomez Rull.

PRIMER DIA.

1.^a CARRERA.—Premio de S. M. la Reina doña Isabel II.—Un objeto de arte.—Para caballos enteros y yeguas de cualquier raza nacidos en la Península. De tres, cuatro y cinco años y cerrados.

Distancia, 2.000 metros.—Matrícula, 300 rs.

1.^o Trovador, de D. E. Davies.
Mercy, » T. He edia.
Lucero, » E. Davies.

Ganó Trovador, haciendo la carrera en 2 minutos 27 segundos.

2.^a CARRERA.—Premio de la Real Maestranza de Caballería de esta ciudad.—Una alhaja.—Para caballos españoles enteros y de cruce que hasta el día no hayan ganado en otras formales.—Españoles, hispano-ingleses é hispano-árabes ó morunos.

Distancia, 1.200 metros.—Matrícula, 120 rs.

1.^o Flor, de D. Francisco Bermudez.
Rabiosa, » P. Alvarez.

Llegó primero Flor.—Tiempo, un minuto 50 segundos.

3.^a CARRERA.—Premio del Excmo. Sr. Duque de Abrantes.—Rvn. 2.000.—Para caballos enteros y yeguas de pura raza españoles, nacidos en la provincia.—De tres, cuatro, cinco, seis años y cerrados.

Distancia, 1.500 metros.—Matrícula, 160 rs.

1.^o Macarena, de D. R. Mndez.
Rabiosa, » P. Alvarez.

Tiempo, 2 minutos 20 segundos.

4.^a CARRERA.—Premio de la Excmo. Diputación provincial.—Rvn. 8.000.—(5 000 de dicha Corporación y 3.000 de la Comisión de Carreras).—Para potros enteros y potrancas españolas cruzadas.—De tres y cuatro años.

Distancia, 2.000 metros.—Matrícula, 300 rs.

1.^o Ole-ole, de D. E. Davies.
Fite, » T. Pembia.
Belen, » T. Heredia.

Tiempo, 2 minutos 30 segundos.

5.^a CARRERA.—Premio de los señores Senadores y Diputados à Cortes por la provincia.—Un objeto de arte.—Para caballos enteros y yeguas de cualquier raza nacidos en la Península.—De tres, cuatro, cinco años y cerrados.

Distancia, 1.500 metros.—Matrícula, 160 rs.

1.^o Trovador, de D. E. Davies.
Mercy, » T. Heredia.

Tiempo, un minuto 50 segundos.

6.^a CARRERA.—Premio del Excmo. Sr. D. José Luis Riquelme.—Una alhaja.—Para caballos de todas clases, nacidos en la provincia.—De tres, cuatro y cinco años y cerrados.

Distancia, 1.500 metros.—Matrícula, 160 rs.

1.^o Macarena, de D. Ramon Mendez.
Rabiosa, » P. Alvarez.

Tiempo, 2 minutos 35 segundos.

7.^a CARRERA.—Premio del Casino principal de esta ciudad.—Un objeto de arte.—Para caballos de todas clases, montados por caballeros.

Distancia, 1.100 metros.—Matrícula, 160 rs.

1.^o Rabiosa, de D. T. Heredia.
Rabiosa, » P. Alvarez.

Tiempo, un minuto 20 segundos.

SEGUNDO DIA.

1.^a CARRERA.—Premio de S. M. el Rey.—Un objeto de arte.—Para caballos enteros y yeguas de cualquier raza, nacidos en la Península.—De tres, cuatro, cinco años y cerrados.

Distancia, 2.000 metros.—Matrícula, 300 rs.

1.^o Rabiosa, de D. T. Heredia.
Trovador, » E. Davies.

Tiempo, 2 minutos 32 segundos.

2.^a CARRERA.—Premio de S. A. R. la Srma. Sra. Princesa de Asturias.—Un objeto de arte.—Para caballos enteros y yeguas de cualquier raza, nacidos en la Península.—Iguales condiciones que la anterior.

Mercy, de D. T. Heredia.

Tiempo, 2 minutos 30 segundos.

3.^a CARRERA.—Premio del Ministerio de Fomento.—Rvn. 3.000.—Para caballos enteros, capones y yeguas nacidas en la Península.—De tres, cuatro y cinco años y cerrados.

Distancia, 2.000 metros.—Matrícula, 300 rs.

1.^o Lucero, de D. E. Davies.
Ole-ole, » Idem.
Belen, » T. Heredia.

Tiempo, 2 minutos 49 segundos.

4.^a CARRERA.—Premio de las Señoritas.—Una alhaja.—Para caballos de todas clases, montados por caballeros.

Distancia, 1.100 metros.—Matrícula, 160 rs.

1.^o Lucero, de D. E. Davies.
Fite, » T. Pembia.
Meñafiteles, » J. Morales.

Tiempo, un minuto 11 segundos.

5.^a CARRERA.—Handicap.—Premio de Granada.—Reales vellon 10.000 (5.000 del Excmo. Ayuntamiento y 5.000 del importe de las matrículas).—Para caballos enteros y yeguas de cualquier raza nacidos en España.

Distancia, 3.000 metros.—Matrícula, 400 rs.

1.º *Bubica.* de D. T. Heredia.
Trovador. » E. Davies.
Fate. » T. Pembis.

Esta carrera fué protestada por el Sr. Davies.—El Jurado acordó se repitiera; pero habiéndose retirado el Sr. Heredia con su caballo, se devolvió el premio al Ayuntamiento.

6.ª CARRERA.—Premio del Excmo. Sr. D. José Genaro Villanova.—Un objeto de arte.—Para caballos de todas clases nacidos en la provincia.—De tres, cuatro, cinco años y cerrados.

Distancia, 1.500 metros.—Matrícula, 160 rs.

Patronino. de D. J. Ramírez.

Tiempo, 2 minutos 36 segundos.

7.ª CARRERA.—Premio del *Círculo de la Unión*.—Una alhaja.—Para caballos de todas clases montados por caballeros.

Distancia, 1.100 metros.—Matrícula, 160 rs.

1.º *Bubica.* de D. T. Heredia.
Meroy. Idem.

Tiempo, un minuto 35 segundos.

8.ª CARRERA.—Premio del Excmo. Sr. Marqués de Guadaro.—Evn. 5.000.—Para potros enteros y potrancas españoles y cruzados.—Iguales condiciones que para el premio de la Exema. Diputación.

1.º *Oleale.* de D. E. Davies.
Fate. » T. Pembis.

Tiempo, 2 minutos 46 segundos.

REVISTA AGRÍCOLA-INDUSTRIAL.

LO QUE SABE EL COLONO VALENCIANO.

Nadie duda que las provincias valencianas se encuentran al frente del movimiento agrícola de España. La fertilidad de sus tierras, la complicada red de sus canales de riego, la benignidad del clima, la laboriosidad de sus hijos, su esmero en el cultivo, el interés preferente con que se atiende á las cuestiones agrícolas, justifican plenamente este concepto.

Las sociedades agrícolas se agitan con extraordinaria actividad, se ensayan nuevos cultivos, se instalan nuevas industrias rurales, se perfeccionan los procedimientos de las antiguas, se mejoran los productos, se buscan nuevos mercados, se importan nuevos abonos, se aumentan las cosechas, se construyen pozos artesanos, se establecen nuevos aparatos para la elevación de aguas, se instalan estaciones agronómicas, se discuten las tarifas, en una palabra, se hacen prodigiosos esfuerzos para sostener esa superioridad que Valencia ha conseguido sobre las demás provincias.

Pero si esto es cierto, si esta superioridad es reconocida por propios y extraños, si basta cruzar su hermosa vega para llevar el convencimiento al espíritu más exigente, creemos que mucho más, muchísimo más podría obtenerse de sus feraces campos, exigiendo menos al colono, generalizando más la verdadera industria rural, aplicando en mayor escala el principio económico de la división del trabajo.

Al colono valenciano, modelo de honradez y laboriosidad, se le exige tanto, por regla general, se le obliga á entender y resolver en tantas y tan distintas cuestiones, se pretende de él tal suma de conocimientos, que se le convierte en una verdadera enciclopedia, hoy que, exceptuadas las de relumbrón, las enciclopedias son imposibles, hoy que hasta los verdaderos hombres de ciencia, si son especialidades en ciertos ramos del saber humano, forman en las filas del vulgo ilustrado cuando se trata de conocimientos distintos.

Al colono valenciano se le exige, por regla general, poco menos que saber de todo. El colono hace de todo y de todo debe entender, y poniéndolo de manifiesto, procuráremos probar que esta pretensión, además de injustificada, es perjudicial.

Toma el colono en arriendo un huerto ó una heredad, y como sea que de la naturaleza física y composición del terreno, de su posición y situación, de sus condiciones especiales y peculiares, depende el éxito de los cultivos á que los dedique, y que, por regla general, es el colono quien fija cuál ha de ser éste, tenemos ya al colono resolviendo por sí y ante sí una de las más arduas cuestiones agronómicas fijando el cultivo más apropiado, guiado tan sólo por su práctica, por su experiencia, por su buen sentido y por los resultados obtenidos en terrenos á su parecer análogos.

Resuelta esta cuestión, el labrador, que sabe perfectamente que sin abonos no hay cosecha, que á cada incremento en el abono empleado corresponde un aumento de producto entre ciertos límites, que muchas veces éste duplica y triplica el coste del exceso de abono, que sabe que los abonos son muy distintos entre sí, que sus resultados varían según los terrenos y según los cultivos, por sí y ante sí resuelve otro problema todavía más difícil, dada la

naturaleza del terreno y fijado el cultivo, determinar la clase y cantidad de abono que deberá emplear para obtener el máximo de rendimiento. Y para confundir más su espíritu, el comercio y la industria le ofrecen una variedad asombrosa de productos, y se encuentra entre los guanos legítimos del Perú y los ilegítimos, entre los puros y los que llegan mezclados con hartas impurezas, entre los fosfoguanos y las fentas, entre Copró y Beill, entre Utor y Martínez, entre el tanto por ciento de amoníaco y los fosfatos solubles, entre los pomposos anuncios de venta y los gemidos de algún engañado, y feliz todavía si se resuelve por un producto que la mala fe no haya adulterado demasiado.

Resueltos los anteriores problemas, de los más difíciles que la Agronomía y la Química pueden plantear, el labrador sabe más, sabe mecánicas: se hace maquinista á veces, de grado ó por fuerza. Los años de sequía se suceden con harta frecuencia; las acequias pretenden regar una superficie de terreno excesiva con relación al caudal de sus aguas; el colono no puede siempre fiar la suerte de sus cosechas á los desapiadadas nubes, ni le basta la dotación de las acequias. Solo, ó de comun acuerdo con el propietario, abre pozos y se plantea el problema mecánico de elevar la mayor cantidad de agua con el menor gasto posible. Y estudia las norias y las bombas; compara los sistemas; no pregunta cuál sea el efecto útil de cada uno; su buen sentido le guía; adquiere la que supone más ligera, si la falta de recursos no le obliga á la más barata. E instalada la noria, falta el motor, y resuelve si aplicará las caballerías ó el vapor; y si opta por este último, se convierte en maquinista y entiende de presión y de manómetros, de nivel de agua y de incrustaciones, de combustibles y de explosiones, arregla las transmisiones, engrasa los soportes, regula las válvulas; en fin, entiende de máquinas y de mecánica, y prueba dar de ello si algún vecino, excitándole con el ejemplo, introduce alguna trilladora, alguna segadora, ó cualesquiera de las innumerables máquinas agrícolas que se generalizan de día en día.

En la imposibilidad de mencionarlo todo, nada diremos de sus conocimientos legales, pues si las cuestiones sobre riegos le obligan á estar al corriente de los reglamentos y legislación de aguas, las diferencias con el vecino ó con el propietario le exigen ciertas nociones del Código civil, para evitar pleitos y consultas, que acabarían con su hacienda; nada diremos tampoco de su ilustración en política, pues convencido como está por experiencia de que no afiliándose á algunos de los bandos de la localidad ha de ser la víctima de todos ellos, por necesidad se hace político, y si las multas, recargos, apremios y otros excesos no le dejan vivir cuando manda el bando contrario, en cambio cuando el diputado le protege, ó el alcalde es de los suyos, se desquita y riega á completa satisfacción; nada diremos tampoco de sus conocimientos en ganadería y en zootecnia, pues hemos de insistir algún tanto en los especialísimos que se le exigen para la explotación de las innumerables industrias rurales á su cuidado encomendadas.

Llega la época de la vendimia, y el colono sabe fijar cuál es la más oportuna, conoce perfectamente el grado de madurez de la uva, las ventajas ó inconvenientes de adelantarla ó retrasarla, y la influencia que esto podrá tener en la calidad del vino. Recogida la uva, se pisa, se prensa, se extrae el mosto, y de sobre el labrador sabe cuáles son las mejores prensas, los rendimientos que producen, la rapidez con que operan, si son preferibles las verticales ó las horizontales, y hasta quizá si convendría establecer un extractor centrífugo; sabe si es conveniente el desgrane de la uva ó no, si tendrá bastante tanino el vino, si la relación entre el azúcar y el ácido del mosto es la más apropiada, si convendría corregirla. Y procediendo á la fermentación, sabe muy bien el modo de conducirla, la temperatura más apropiada, la disposición, dimensiones y naturaleza de las cubas y bodegas, cuándo termina la fermentación tumultuosa, cuándo debe trasegar el vino; entiendo, en una palabra, de cuanto se refiere á su fabricación, á su clarificación, á su conservación, á sus enfermedades, á su mejoramiento, al aprovechamiento de los residuos, y quizá también sepá algo de sofisticaciones, de fuchinas, campeches y aguardiente de patatas. Es, pues, el labrador un verdadero fabricante de vino, fabricante por su inteligencia, por su capital, por su mano de obra, pues en estos tres conceptos interviene.

Lo que decimos del vino, podemos decir del aceite, pues el labrador fabrica aceites, y conoce también la época y modo de recolectar la aceituna, cómo deberá conservarla antes de la molienda para que no se pudra, cuáles son las mejores prensas y molinos, cómo fraccionar los productos separándolos según su calidad, cómo clarificarlos y cómo conservarlos.

Y llega la época del cáñamo, y por fuerza sabe cuanto se refiere al enriado, y escogita el procedimiento, que siendo más económico y salubre, produce una fibra más eslimada, y hemos de suponer que las primitivas máquinas ó aparatos que emplea para las subsiguientes operaciones á que se somete el cáñamo en las granjas y cortijos, son los

más convenientes, no cuestan en mano de obra cien veces más de lo que podrían costar practicadas por otra clase de aparatos.

Y si la caña de azúcar se extiende, como es muy probable, y en vez de los grandes ingenios, que es casi seguro se dedicarán á la fabricación del azúcar, se generalizasen los pequeños trapiches y la pequeña industria prevaleciera, no tendría el colono más remedio que aprender esta nueva fabricación, adquirir nuevos conocimientos, intervenir en las prensas, calderas, cristalizadores, centrifugas de extraer el guarapo, defecar el zumo, evaporarle, decolorarle, cristalizarlo, escurrirle, aprovechar las melazas, fabricar el ron, hacerse fabricante de azúcar en toda la extensión de la palabra.

No proseguimos, pues nos haríamos interminables si pretendiésemos enumerar tan sólo las demás industrias rurales de que el labrador entiende; creemos lo dicho bastante para probar la imposibilidad absoluta de que el labrador ó el colono, que dedican la mayor parte del año al cultivo propiamente tal, puedan jamás alcanzar la suficiencia bastante para dirigir de un modo inteligente y económico las industrias rurales. Aun descartándola completamente de estas industrias, si la Agricultura es como arto económico uno de los más difíciles y como ciencia una de las que más atrasadas están por lo complejo de sus cuestiones, no podemos menos de reconocer que mientras al labrador y al colono se le exija tanto, mientras sigan asimiladas la verdadera producción agrícola y las industrias rurales, mientras se limiten éstas á la pequeña industria; mientras cada cortijo ó heredad tenga sus aparatos particulares para cada una de las que explote; mientras en ciertos productos la gran fabricación con sus perfeccionadas y poderosas máquinas guiadas por personas competentes no se establezca; mientras los esfuerzos individuales no se aunen, basados en la asociación honrada y de buena fe; mientras el bracero no se limite á ser bracero, el capitalista á ser capitalista y el ingeniero agrónomo ó industrial á dirigir los cultivos ó cuidar de las fabricaciones, ni los productos tendrán la bondad, unidad y baratura que son de desear, ni los aparatos, máquinas y herramientas podrán ser los más convenientes, ni la producción será económica, ni existirá entre los productores y consumidores la relación directa cuya falta permite los grandes lucros, beneficios y utilidades que los agentes intermediarios obtienen á costa de unos y de otros, ni se conseguirá el verdadero progreso que por la división del trabajo permita á cada uno perfeccionar el grupo de conocimientos á que se dedique, y contribuir en mayor escala al mejoramiento de su posición, por las mayores utilidades que para cada uno y para todos en conjunto se obtengan.

DR. MASANTACEROS.

(De Las Provincias.)

ECOS DE PARÍS.

La hermosa mañana del domingo no ha servido sólo para las fiestas del Corpus, con sus poéticas procesiones y sus himnos al Señor, que recuerdan al hombre que aquí abajo sólo es un viajero, que la tierra es un lugar de destierro y la verdadera patria está allí arriba, sino que ha proporcionado á los *sportsmen* una animada reunión en Fontainebleau. El mundo militar, que llega de las guarniciones de los alrededores, domina en el hipódromo de Salle, y con los uniformes se mezclan las frescas *toilettes* femeninas, de las que había algunas muy elegantes. Los vestidos de foulard con florecitas, ó reproduciendo los dibujos de los chales de la India, abundaban. Sigue la moda Luis XVI, y las señoras parecen pastoras escapadas de la lechería de Mme. Antonieta. Se adornan estos vestidos con encajes de Malinas, Valenciennes ó guirnalda de flores. Los sombreros, como los vestidos, todos de la misma época, y las plumas y flores son sus adornos, mezclados con las rosetas de cintas y los... insectos. Pronto éstos estarán tan de moda como las flores, y se hacen ya de todas especies, precios y materias; la insectomanía no conoce obstáculos, secundada por la imaginación de las modistas y joyeros.

Las *toilettes* de algunas señoras estaban así adornadas, en el último baile de la Duquesa Bisaccia, donde se veían á la Princesa Meternich, Duquesas de Doudeauville, Mi-repoix, Fesenrac, Pourtalés, etc., etc.

La *season*, próxima á terminarse en París, está en todo su apogeo en Londres, y los aficionados á bailes y conciertos no tienen más que pasar el Estrecho para encontrar el movimiento hospitalario de la capital de Francia en estas últimas semanas.

La vida elegante de Londres tiene de ventaja sobre la de París, que hay una parte diurna muy importante y variada, absolutamente desconocida á orillas del Sena. Mientras aquí el *big life* se oculta y desaparece durante el día, en Inglaterra se exhibe por mil medios y posee todo un programa de diversiones consagradas por la moda y destinadas á pasar las horas de medio día. El París munda-

no no vive verdaderamente sino con luces; el Londres *fashionable*, que comprende mejor el valor del tiempo, sabe también vivir á la luz del sol; así es que, en el momento, entre los placeres mundanos ocupan gran lugar los *garden parties*, y por las noches, infinidad de bailes y conciertos.

Mlle. Sarah Bernhardt, con su doble talento de actriz y escritora, ha suscitado en Londres gran curiosidad. Se ha presentado por primera vez en un solon, el vienes, en el de Mme. Borlwech, donde había un público muy brillante. El Príncipe heredero de Suecia, los Duques de Cambridge, la gran Duquesa de Meklemburgo, el Duque de Teck, y muchas notabilidades de la aristocracia de los tres reinos, de quienes recibió mil felicitaciones.

Mme. Bernhardt ha empezado sus recepciones, que tendrán lugar de tres á cinco en su *atelier* de Piccadilly, lo que ha sido un verdadero acontecimiento para el Londres elegante, pues se tenía gran deseo de verla con el famoso vestido de trabajo que ya ha popularizado la fotografía. El éxito de la primera recepción ha sido inmenso, y lo escogido de la *fashion* inglesa se presentó en el 33 de Piccadilly. La comedia francesa no puede quejarse de la acogida que ha tenido al otro lado del estrecho, pues le prodigan honores y dinero. El Lord-maire le ha ofrecido una gran comida.

Lord Dudley, tan conocido en París, ha sufrido un ataque de parálisis, cuando se preparaba para recibir á los artistas franceses. Dueño de una fortuna colosal, se casó ya en edad madura con una de las más bellas y elegantes jóvenes de la aristocracia inglesa. Lord Dudley posee una colección de cuadros y objetos de arte cuyo valor es de millones. El finé quien compró al Príncipe Demidof el servicio de porcelana de Sevres que perteneció al Príncipe de Soubisse, en 48 000 duros.

Para inaugurarle, dió un *lunch* y excepto lady Molesworth todos los convidados se sentaron á la mesa, dejando sin ocupar el sitio de la invitada retrasada. En medio del *lunch* se presenta; pero en la precipitación por excusarse y sentarse, dejó caer en el suelo uno de los famosos platos del servicio de los Rohan. ¿Se puede calcular cuál sería su emoción! Afortunadamente, el plato cayó sobre la enagua del vestido, que le sirvió de cojín, y se recogió intacto. ¡Nunca he experimentado una emoción y susto como aquel día! decía después lady Molesworth, y sin embargo, su vida ha tenido algo de novela. Salida del teatro, entró por su matrimonio en el gran mundo inglés, y su salón ha ocupado un gran lugar en la sociedad británica. Los Príncipes de Inglaterra, los Orleans y otros fueron sus asiduos tertulianos. Tener entrada en su casa equivalía á un *brevet* de elegancia, y cuantas personas notables venían á Londres deseaban serle presentados.

El juéves, en un antiguo cuerpo de guardia del pabellón de Flora, ha empezado la venta de los lotes no reclamados de la Lotería Nacional. A la una, 60 á 80 personas se habían reunido y empezaron las operaciones. La venta del día comprendía 348 lotes; el primero es una botella de licor mejicano que se adjudica en 6 rs.; el segundo, doce de aguardiente, en 16 rs.; el tercero, dos tarros crema de Mónaco, en 12 rs.; etc., etc.

Los precios son poco elevados; verdad que los derechos de entrada, 4 rs. por botella, cambian algo la proporción.

Después de los licores y aguardientes vienen los vinos de Champagne y continúa la venta sin accidentes notables.

Mr. E. Blanc, dueño del vencedor del Gran Premio de París, ha dado una fiesta en su *chateau* de la Chapelle-en-Serval para celebrar el triunfo de Nubienne.

Primero hubo tiro de pichones, ganando el Conde de Queten los dos premios. Después, una *Rallye-paper*, en el que toman parte casi todos los invitados, montados en *poneys*. Terminado este ejercicio, cucañas y carreras á pié, para los campesinos; luego, lotería ó rifa, y cientos de globos con el nombre de Nubienne. A las siete, gran comida, mientras la música toca preciosos valeses. Brindis y hurras sin fin, hasta que las arañas encendidas en los salones atraen á los invitados, donde les sorprenden Mlle. Herman, de los Bufos, que canta unos *«couplets»* *ad hoc*. Gran éxito obtiene la joven cantatriz, con elegante vestido color azul y naranja, colores de Nubienne, hecho á propósito para la función.

A las nueve, fuegos artificiales, iluminación del parque y baile hasta las doce, que un tren expreso lleva los invitados á París.

Poca animación en los pocos teatros que quedan aún abiertos, y el que atrae más la gente, por lo agradable de la temperatura, divertido y variado del espectáculo, es las *Folies Bergères*.

Un extranjero, escoltado por su cicerone, pasa por la Bolsa al mediodía, y oyendo los gritos de los agentes y corredores:

—Ya es, dice interrumpiendo al cicerone que iba á decirle lo que era aquel monumento, ya sé que es la Cámara de los Diputados.

NEDOC.

NUESTROS DIBUJOS DE FLORES.

LAS GLOXINIAS.

Por regla general, las estufas ofrecen en verano el aspecto más triste y más desconsolador que se puede imaginar. Sus habituales habitantes se han repartido en todo el jardín, y los estantes se quedan desnudos. Se parecen á un teatro sin espectadores, ¿por qué? porque seguramente sus dueños no conocen la bella familia de las *Gesneriaceas*; porque ignoran que de unos pequeños tubérculos adormecidos durante todo el invierno, y cuya conservación es sumamente fácil, brotan como por encanto las más hermosas flores de la creación; porque no han tenido la fortuna de admi-



GLOXINIA HÍBRIDA.

rar en verano las estufas de nuestro buen amigo Luis Van Houtte, pobladas con legiones de *Gloxinias*, de *Achimenes*, de *Tydeas*, de *Dirceas*, de *Nagelias*, de *Plectopomas*, de *Eucodonias*, de *Rosanonias*, de *Gesnerias*, tipo de la familia, etc.

No es posible describir el golpe de vista que ofrecen dichas estufas desde Julio á Octubre, época en que se marchitan las corolas, mueren los tallos y se recogen los tubérculos para dar sitio á otras plantas que reclaman la protección de los cristales y de los termosifones contra los rigores del invierno. Quien ha visto en todo su esplendor la florecencia de las *Gesneriaceas*, no puede olvidarlo, y conserva siempre el deseo de poseer unas muestras en su estufa ó en sus balcones.

Hoy nos ocuparemos solamente de las *Gloxinias*, que representan dos de nuestros dibujos, y nos evitaremos la tarea de describir el aspecto de la planta y la forma de la flor.

Las *Gloxinias* se dividen en dos secciones distintas: las unas son de flor erguida; las otras, de flor reclinada y medio oculta en el follaje. No sabemos á cuales dar la preferencia, porque si las primeras son más brillantes de lejos, las segundas agradan más de cerca; lo más acertado es seguramente hacerse con ambas.

Las corolas parecen construidas del más fino terciopelo; las hay desde el blanco más puro, hasta el azul más subido y el encarnado más vivo, pasando por todos los más delicados matices intermedios. Las combinaciones de los colores son tan variadas, tan ricas y tan caprichosas, que no intentaremos siquiera dar una idea de algunas. El más valiente pintor no acertaría á reproducirlas con exactitud, y para demostrarlo, vamos á referir un hecho.

Se sabe que Luis Van Houtte publica desde hace treinta años una *Flora* ilustrada, cuyos dibujos coloreados al pincel están tan perfectamente ejecutados, que según nuestro amigo el Sr. D. Luis J. Albareda, las plantas y las flores parecen vivir. Para llevar á cabo su obra, que no tiene rival, el entusiasta horticultor ha tenido que reunir, ó mejor dicho, formar un núcleo de hábiles artistas que no se dedican á otros trabajos. Un día penetramos en el taller, acompañándonos el maestro, y vimos á aquéllos agrupados en derredor de un tiesto con la consternación impresa en el semblante. «¿Qué pasa?» dijo Luis Van Houtte. —¡Ah! señor, ¿cómo podremos reproducir esta flor?» La flor era la *Gloxinia William Bull*, cuya corola, blanca como la nieve, pintada del más vivo carmesí en el márgen, parecía como cubierta de un velo transparente ligeramente azulado, y cuyos pliegues más acentuados se extendían hasta el fondo de la garganta salpicada de un moteado color de rosa. Efectivamente, no había otro medio de reproducir fielmente esa flor, sino comprando un tubérculo por la modesta cantidad de dos pesetas, y colocando éste en un tiesto de cinco á seis pulgadas, porque es de saber que á todos sus méritos las *Gloxinias* unen el de la baratura; están al alcance de todas las fortunas. Las novedades del año corriente valen cinco ó seis pesetas pieza; las del año pasado, tres pesetas; del año anterior, dos pesetas, etc.; pero por veinte pesetas podeis recibir por el correo una colección de veinticinco variedades, con sus correspondientes nombres, y si quereis prescindir de los nombres, Luis Van Houtte os enviará por el mismo precio cincuenta tubérculos cuya belleza nada dejará que desear. Pero os aconsejaremos, queridos lectores, de comprar siempre las plantas en colección con nombres; de ese modo podeis cuidar con más esmero las que os han gustado más y ver la flor por el recuerdo cuando todavía está envuelta misteriosamente en el capullo. Es cierto, indisputable, que para el coleccionador—no sé si la palabra es castiza—los gozes duran más tiempo.

Por lo demás, el cultivo de las *Gloxinias* es fácil y sencillo; en el norte de Europa se acostumbra colocar desde Marzo ó Abril los tiestos sobre una cama de estiércol medianamente caliente y en una cajonera acristalada. Aquí en Madrid este método puede adelantar la vegetación y la florecencia, pero no es rigurosamente necesario; hemos visto con frecuencia las *Gloxinias* brotar perfectamente y adquirir su completo desarrollo en los balcones expuestos al Levante y al Mediodía, protegiéndolas contra los ardores del sol, porque esta planta requiere la media sombra. Sin embargo, el éxito será siempre más seguro en una cajonera ó en una estufa de buenas condiciones, y además se ganarán días.

Mientras no empiecen á salir los brotes y no hayan adquirido cierto desarrollo, es menester economizar los riegos y en todo tiempo evitar que el agua caiga sobre las hojas y flores, que mancharía.

ARISTOLOCHIA GALATEA.

Todos ó casi todos nuestros lectores conocen la *Aristolochia Sypho*, arbusto sarmentoso de gran

vegetación, que cubre con frecuencia los muros y los emparrados en los jardines, y cuyas flores de color rojo oscuro con rayas amarillas se parecen á una pipa de fumar. Muchas otras especies del mismo género, que se cultivan en estufas calientes y templadas del norte de Europa, podrían ensayarse con grandes probabilidades de buen éxito, según creemos, al aire libre en Andalucía y en las provincias del litoral.

Casi todas ostentan un hermoso follaje y unas flores en extremo curiosas por sus caprichosas formas y el colorido no siempre vistoso, pero generalmente digno de atención en sus pormenores. Es de tener en cuenta también, que en algunas especies las flores alcanzan unas dimensiones extraordinarias, hasta un diámetro de 30 á 40 centímetros.

Las más notables son: la *A. Grandiflora*, señalada por Van Humboldt, pero que fué introducida solamente en Europa por M. Purdie, viajero inglés, hacia 1840; la *A. Duchartrei*, descubierta en la región superior del río Amazona, por M. Willis, viajero de M. Linden, que la presentó en flor por primera vez en la Exposición de París de 1867; la *A. Ornithocephala*, cuyas flores se parecen á la cabeza de un pájaro fantástico; la *A. Goldiana*, una de las pocas especies del género que se encuentran espontáneas en el viejo continente; la han observado en el África occidental y en Fernando Póo; la *A. Galeata*, que representa uno de nuestros dibujos, es americana, como las tres primeras que hemos citado, y de introducción muy reciente; no sabemos si ha florecido ya en Europa.

Las raíces de casi todas las *Aristolochias* contienen un aceite volátil, una resina amarga y una materia extractiva, que se utilizan en medicina para activar las funciones de la piel y de los órganos glandulosos. La raíz de la *A. Serpentaria* se emplea además con frecuencia en los Estados-Unidos de la América del Norte contra la fiebre tifoidea, los lombrices intestinales y las mordeduras de las serpientes. La *A. Clematis*, que vive en estado espontáneo en Europa, estaba considerada há poco tiempo como aparitiva, tónica y vulneraria, pero ahora los médicos la

sustituyen con otras especies americanas, cuyas propiedades parecen más eficaces en esos casos.

templadas de la Europa del Norte, en las cuales ostenta durante todo el año sus grandes y vistosas flores, sencillas ó semi-llenas, encarnadas, blan-

cas, amarillas ó salmoneadas. Prospera al aire libre en toda la región del naranjo, donde debería encontrarse más comunmente.

Nuestro dibujo representa una de las más bellas y recientes variedades obtenidas por semilla. La multiplicación se hace generalmente por medio de esquejes.

E. MALINGRE.



ARISTOLOCHIA GALEATA.



HIBISCUS ROSASINENSIS MINIATUS SEMI-PLENUS.

HIBISCUS ROSASINENSIS MINIATUS SEMI-PLENUS.

El *Hibiscus rosasinensis* es el huésped constante é inevitable de todas las estufas calientes y

CONCURSO DE SEGADORAS.

La Asociación de Ingenieros agrónomos nos ha remitido un programa del concurso de máquinas segadoras que ha determinado celebrar en los terrenos de la Escuela general de Agricultura, con objeto de comprobar experimentalmente las ventajas y convenientes positivos que presentan.

La importancia de este certamen, el primero de este género que se verifica en nuestro país; el beneficio que puede reportar á la agricultura la repetición de estos concursos, á semejanza de lo que sucede en Francia é Inglaterra, hará que el resultado de éste tenga el éxito que se proponen los iniciadores. Siendo nuestro periódico órgano defensor de los intereses agrícolas, tenemos una especial satisfacción en publicar á continuación el programa citado, para conocimiento de nuestros lectores, al mismo tiempo que felicitamos á la digna é ilustrada Asociación de Ingenieros agrónomos por su pensamiento.

CONCURSO

DE SEGADORAS EN LA FLORIDA EN 1879.—CONDICIONES GENERALES DEL CONCURSO.

ARTÍCULO PRIMERO.

La Asociación de Ingenieros agrónomos abre un Concurso de segadoras, con el fin de comprobar experimentalmente las ventajas é inconvenientes de los sistemas modernos y comparar su trabajo con la siega ordinaria.

ARTÍCULO II.

Los ensayos experimentales, anejos al Concurso, se verificarán, durante el mes de Julio de 1879, en los terrenos de la Escuela general de Agricultura de la Florida, y en los días que oportunamente se determinen.

ARTÍCULO III.

Tendrán derecho á entrar en el Concurso los constructores de segadoras ó sus representantes, y los que deseen concurrir deberán solicitarlo por escrito al Presidente de la Asociación de Ingenieros agrónomos, dirigiendo las instancias al Secretario de la misma; Barco, 6, bajo.

ARTÍCULO IV.

Las segadoras admitidas al Concurso deberán quedar depositadas en perfecto estado de conservación, antes del 30 de Junio de 1879 en el Museo Agronómico de la Escuela general de Agricultura.

ARTÍCULO V.

El Concurso será público, y cuatro días antes de dar principio á los ensayos experimentales se anunciará por carteles y en los periódicos de la capital, fijando la hora y el lugar en donde aquéllos han de verificarse.

ARTÍCULO VI.

No se admitirán al Concurso aquellas segadoras que hubieren sido construidas á propósito para este género de certámenes. Solamente podrán concurrir las de venta y precios corrientes.

ARTÍCULO VII.

Los constructores ó sus representantes deberán acompañar á la instancia que presenten pidiendo tomar parte en el Concurso una nota detallada consignando el precio de venta en Madrid de cada máquina, su peso total, las piezas que sean de repuesto, el número de segadoras vendidas en diferentes países por las casas constructoras en los años de 1874 á 1879 inclusive, y las recompensas obtenidas en otros concursos.

DE LOS ENSAYOS EXPERIMENTALES.

ARTÍCULO VIII.

Los ensayos prácticos del Concurso consistirán en la siega de cereales, por medio de las distintas segadoras presentadas y por el sistema ordinario, procurando siempre que sean análogas las condiciones generales para que la comparación sea más exacta.

ARTÍCULO IX.

Las parcelas segadas se medirán con gran cuidado y la ríes correspondiente se recogerá y pesará escrupulosamente. De la superficie de cada parcela se descontará la extensión ocupada por la pista de ataque.

ARTÍCULO X.

Dos agentes del Jurado, por lo ménos, y el constructor ó su representante, seguirán paso á paso la marcha de cada máquina, anotando todas las causas de detención ó entorpecimiento, su duración, y, en una palabra, todo cuanto sea digno de tenerse en cuenta para formar idea cabal de los hechos ó fenómenos inherentes al ejercicio de la máquina durante todo el tiempo que hubiere durado el ensayo.

ARTÍCULO XI.

Tanto en la nota de los datos á que el artículo anterior hace referencia, como en el estado general de todas las operaciones de comprobación, deberá estampar su firma el constructor de la máquina ensayada, ó su representante, declarando su completa conformidad.

ARTÍCULO XII.

El Concurso durará cuatro días; el primero, consagrado á practicar los ensayos dinámométricos necesarios y el examen de las segadoras presentadas bajo el punto de vista de sus elementos constitutivos; y el segundo, tercero y cuarto, á que funcionen en las condiciones ordinarias, empleando yuntas de bueyes, caballos y mulas respectivamente.

DE LAS YUNTAS.

ARTÍCULO XIII.

Las yuntas de bueyes, caballos y mulas que sean necesarias para practicar los ensayos del Concurso las facilitará la Escuela general de Agricultura.

ARTÍCULO XIV.

Los constructores ó sus representantes tienen el derecho si así lo desean, de que sus máquinas funcionen con yuntas de su propiedad; pero para ello se necesita el examen y aprobación previa del Jurado.

DEL JURADO.

ARTÍCULO XV.

El Jurado, compuesto de Ingenieros, constructores y agricultores y personas competentes, presenciara y dirigirá los ensayos, tomará sobre el terreno cuantos datos sean necesarios y otorgará las recompensas á las segadoras que á su juicio lo hubieren merecido.

ARTÍCULO XVI.

El Jurado se dividirá en dos secciones completamente distintas: la primera compuesta exclusivamente de Ingenieros y constructores, y la segunda, de agricultores y otras personas competentes.

ARTÍCULO XVII.

La primera sección apreciará las segadoras bajo los siguientes puntos de vista:

Combinación teórica.

Construcción.

Solidez de las piezas fijas.

Facilidad de las reparaciones.

Disposiciones adoptadas para variar la altura del rastro.

Agavillado y sus modificaciones.

Cantidad de trabajo.

Engrasado.

Esfuerzo necesario (máximo).

Peso bruto.

Entorpecimientos á la buena marcha de las máquinas.

Materiales empleados en la construcción.

Ajuste de las piezas.

Montaje.

Naturaleza y temple de las sierras.

ARTÍCULO XVIII.

La segunda sección apreciará las segadoras bajo los puntos de vista siguientes:

Naturaleza del corte.

Idem del agavillado y atado.

Idem del trabajo, teniendo en cuenta las dificultades del terreno.

Facilidad de conducción de la máquina.

ARTÍCULO XIX.

Los individuos del Jurado llenarán las casillas de los estados A y B, sin perjuicio de las ampliaciones que aquél juzgue convenientes, escribiendo para cada circunstancia á que se refieran un número cuyas unidades estén en razón directa del mérito relativo de la máquina, partiendo del principio que el máximo de mérito para cada una de dichas circunstancias está representado por el número que va impreso en la parte superior de cada columna.

ARTÍCULO XX.

Los estados á que se refiere el artículo anterior serán firmados por los individuos del Jurado y entregados al Secretario de la sección respectiva al terminar cada día los ensayos.

ARTÍCULO XXI.

La clasificación se hará por los números correspondientes á cada máquina que resulten de la suma de los términos medios de ambas secciones.

DE LAS RECOMPENSAS.

ARTÍCULO XXII.

Se otorgarán tres premios, el primero consistirá en una medalla de oro y la adquisición de la segadora premiada por la Asociación de Ingenieros agrónomos. El segundo y tercero, en un diploma de mérito para las dos mejores segadoras que á juicio del Jurado lo merezcan.

ARTÍCULO XXIII.

La distribución de las recompensas se verificará en el día y en el local que el Jurado determine, debiendo anunciarse dicho acto en los periódicos de la capital con cuatro días de anticipación.

ARTÍCULO ADICIONAL.

El Jurado redactará una Memoria detallada acerca del resultado de los experimentos practicados, la cual se imprimirá por cuenta de la Asociación de Ingenieros agrónomos, con objeto de que llegue fácilmente á conocimiento de los agricultores españoles.

NOTICIAS GENERALES.

El *coaching*, que ocupa un gran lugar en las distracciones de los *sportsmen* de Inglaterra, empieza á aclimatarse en Francia. El Conde de Osmond, salió de Niza el 27 de Abril en un carruaje tirado por cuatro caballos húngaros, y llegó á París el 28 de Mayo, deteniéndose ocho días en Tolon, Marsella, Lion y Bourges. Ha recorrido 1.040 kilómetros en veintitres días, ó sea 44 por término medio al día.

La reunión de Ascot (Inglaterra) promete estar muy animada este año. Hay muchos caballos matriculados, se han hecho mejoras en las tribunas y se han aumentado los premios, que suben á 365.000 francos.

Nubienne, vencedor del Gran Premio de París, nació en 1876, por *Ruy-Bias* y *Niza*, y pertenece á Mr. Edmon Blanc.

Ha ganado este año:

El premio de la Esperanza, en París. 6.692 frs.

El premio de Diana, en Chantilly... 47.750 »

El Gran Premio de París... 142.575 »

197.017 »

El martes, ante una numerosa concurrencia, se verificó en el Bois de Boulogne de París la apuesta de 10.000 francos, entre el *steeple-chasser* *Triboulet*, del Barón de Seillière, corriendo por cuenta del Barón Finot, y *Tambour-Battant*, trotador enganchado, de Mr. Khan. La distancia era de 40 kilómetros, y como condición expresa de la apuesta, el caballo pura sangre no debía ni pararse ni

cambiar de movimientos, y galopar constantemente, mientras que el poney podría ir al paso que quisiera. *Triboulet* ganó, corriendo la distancia en una hora, veinte minutos y tres y medio segundos.

Muchas señoras, casi todos los socios del *Jockey-Club* y el Mariscal Mac-Mahon asistieron.

El 6 y 7 de Julio habrá regatas en el Havre, que prometen estar muy brillantes. Los premios pasan de 17.000 francos, y además, varios objetos de arte.

Un ingeniero francés acaba de resolver un problema, del que desde hace tiempo se habían hecho varios experimentos. Se trata de la incubación artificial de los huevos de avestruz. Se cree que esto sea un manantial de riqueza para Argel, punto donde se ha hecho la prueba, y que antes de diez años pueda haber más de 4.000 avestruces, valiendo cada uno 2.000 francos y produciendo sus plumas 300 francos por pájaro.

La colonia del Cabo, que en 1855 poseía apenas 80 avestruces, tiene hoy más de 32.000, y debe este aumento á la incubación artificial que practican algunos colonos, sin que hasta ahora se haya podido descubrir los medios de que se valen para ello.

En Bucharest ha habido carreras de caballos el 9 de Junio, bajo la protección del Príncipe reinante y la dirección del *Jockey-Club*.

La Exposición de Bellas Artes, alumbrada con las luces *Jablochkoff*, es una gran idea y el *great event* del momento. El efecto de la luz eléctrica sobre las esculturas y en el jardín es precioso. Sala llena todas las noches.

Hace días, en una carrera de poney en Lincoln, el caballo vencedor *Fleetwood*, ha sido *disqualified*, por haber completado su jockey el peso con un saco de arena pesando 21 libras, después de la carrera. Un hecho análogo á éste se cuenta del *Derby*, hace veinte años, en que se sospechaba que el jockey, engañó en 10 libras de su peso, cambiando á la vuelta de la carrera su látigo por otro que tenía plomo en el puño.

Hoy es objeto de las conversaciones de los *sportsmen* Monsieur Blanc, dueño de *Nubienne*, el vencedor del Gran Premio de París. Este señor tiene cerca de Chantilly una magnífica posesión, en la que ha organizado una pista de *steeple-chases*, en la que piensa dar una serie de *paper-hunts* este año. En París se visitan sus cuadras, como antes se hacía con las de Lord Pembroke.

A causa del luto de la familia Rothschild, sus colores estarán ausentes del *turf* por algún tiempo.

El día del Gran Premio ha señalado una innovación en la *toilette* de las damas. Las hijas de Eva tienen tal afición hoy á las flores naturales, que no contentas con llevarlas en el sombrero y en el cuerpo del vestido, llevan también *bouquets* en las sombrillas. El efecto es muy bonito.

Se tiene la mala costumbre en verano de tomar leche fría para refrescar, en lo que se hace muy mal, exponiéndose á funestos accidentes, y algunas personas han muerto víctimas de esta imprudencia. En la autopsia se ha reconocido que el sitio en que había leche estaba gangrenado; lo que es fácil de comprender, porque el frío glacial de la leche paraliza la circulación de la sangre, y casi siempre se declara la gangrena. Hay un hecho que lo prueba: poned un poco de leche cuajada y fría sobre las raíces de un árbol y perecerá infaliblemente.

La señora M. pregunta á una de sus amigas por el señor de P., cuyos botitos son de un tamaño más que respetable:

—¿Me han dicho que le has prohibido ponga los pies en tu casa?

—Sí, querida, mi habitación es demasiado pequeña.

Fordhan, el jockey que montaba *Sir Beby*, en el *Derby* de Epsom, ha recibido 1.000 libras (5.000 duros) por sus servicios.

El 6 ó 7 de Julio se disputará en París un *match* de 3.000 duros, entre *Verny*, de Mr. Girardin, y *Mauvaise Tête*, de Mr. Paillarel. La distancia que habrán de recorrer será de 120 kilómetros, ó sea 30 leguas, enganchados ó montados, y el paso á voluntad. La salida será á las siete de la mañana, del Arco de Triunfo, por el Bois de Boulogne, Saint Cloud hasta Rosny. La vuelta, por el mismo camino hasta Saint Cloud, orillas del Sena hasta Boulogne, y llegada á la cascada del Hipódromo.

Una gran regata se ha verificado en el Tyne (New-Castle), entre Elliot de Blyth, uno de los primeros remeros ingleses, y Hanlan, campeón del Canadá. Este ganó fácilmente por ocho largos de canoa. El vencedor, antes de venir á Inglaterra, había ganado á todos los mejores remeros de los Estados Unidos.

El club de *Mail Coaches*, de Londres, ha tenido una gran reunión el miércoles, para un paseo al Palacio de Cristal de Sydenham. Se reunieron en Hyde-Park, donde los carruajes estaban dispuestos en triple línea á lo largo del Serpentine. Gran concurrencia asistió á la salida: la Princesa de Gales, en carruaje descubierto, tirado por dos caballos grises, y la Duquesa de Tech, con seis bayos. El Príncipe Leopoldo, en el coche que guiaba Sir Thompson. Entre los equipajes que más llamaron la atención, citáremos los del Conde Munster, con cuatro alazanes; lord Lonsborough,

tres bayos y un alazan; el coronel Dickson, cuatro bayos oscuros; lord Macduff, cuatro negros; lord Beresford, tres bayos y uno bayo oscuro; Mr. Oswald, bayos y negros; el Marqués de Waterford, cuatro grises magníficos; el Vizconde Catteragh, bayos; el capitán Whitmore, cuatro grises y dos bayos oscuros; un bayo y un alazan de lord Aveland, que, en su calidad de Vicepresidente, abrió la marcha, pues el Duque de Beauford, Presidente, viajaba por los Estados Unidos.

NOTICIAS DE LA SOCIEDAD.

La terrible catástrofe del Cabo de Buena Esperanza, esa muerte gloriosa de un soldado que ha hecho fijar la atención de Europa sobre la vida interesante de un príncipe, ocupa en estos momentos la general atención. ¿Cómo no ha de interesar profundamente aquí, en la patria de su madre, y en el círculo de esta sociedad donde tantos recuerdos se guardan de su brillante juventud, y donde tantos dandos, amigos y admiradores tiene?

¿La Emperatriz Eugenia! Parece su historia relación maravillosa de hadas, ó creación providencial del destino, para presentar con ella ejemplos vivos de lo mudable de la fortuna ó de lo inconstante de la suerte.

Con nadie se mostró más pródiga que con ella en dones. Todos los encantos, las galas, las bellezas, los primores del maravilloso eden de Andalucía, donde se mecía su blasonada cuna, se condensaron en ella, dándole á porfía hermosura y gentileza.

Parecía el genio soberano de aquel país de huries; y para hacer más patente el milagro, tenía dorados los cabellos y azules los ojos, como aquellas privilegiadas hijas del profeta, de que hablan como de portentoso y conjunto de belleza las leyendas mahometanas.

Sus cabellos dorados y sus ojos azules no quitaban ningún rasgo á su interesante tipo español. Jamás sutil encoje de mantilla se prendió con más gracia en femenil cabeza que cuando adornaba la suya; y los nardos, los claveles, las camelias encontraban digno sitio en las ondas rizadas de su pelo.

Apareció en la corte y deslumbró en los salones. Antes que el cetro de un imperio tuvo el de la belleza, y antes que la diadema régia, ciñó su frente la de la hermosura.

La lira de poetas insignes vibró en su elogio, y los cantos de Ventura de la Vega, de Tassara, del Duque de Rivas y de muchas otras glorias hoy de la patria, la celebraron ántes por bella y por discreta que por reina.

Fue amiga cariñosa de los artistas, y su corazón se entusiasmaba con todo lo bello y todo lo grande.

Merecía un imperio y le tuvo. El destino, que la había dotado de tantas perfecciones, completó su obra dándole por pedestal un trono poderoso y uniéndolo su suerte á la gloria y al poder de una raza que dominó en el mundo.

Como Eugenia de Guzman dejó los encantadores penales de Andalucía, para ser en Madrid la aristocrática Condesa de Teba; ésta trocó los florones de la corona conal por la espléndida diadema de emperatriz.

Hallábase en el apogeo de su grandeza el segundo imperio en Francia.

El hijo de Hortensia, el heredero de Napoleon el Grande, gozaba de todas las ventajas del orden y de la prosperidad material que la riqueza había proporcionado al país de las grandes revoluciones políticas.

Los Niel, los Carrobert, los Forey, los Bareguy d'Hilliers formaban su corte, donde se distinguían potentados de la banca como Rothschild, periodistas como Lagueronniere, escritores como Dumas hijo, oradores parlamentarios como el convertido Emilio Ollivier y el famoso Rouher, grandes industriales como Schneider, el presidente del Cuerpo legislativo, y hombres emprendedores como Haussmann, el que convirtió el París viejo de las novelas de Victor Hugo en la capital espaciosa del mundo civilizado.

Entre aquella pléyade de hombres célebres sostenían el imperio de la belleza y de la gracia femenil la Princesa Ana Murat, tipo perfecto de la hermosura septentrional; la Princesa Matilde, que brillaba con fresca hermosura que resistía á los años, y las Morny, las Walanky, las Montebello, todas aquellas damas de cuya exquisita elegancia, delicado buen gusto, espléndido lujo, podemos formarnos una idea cuando vemos en nuestros salones á una de ellas, ya citada, la que es hoy Duquesa de Sexto y marquesa de Alcáñices, y era entonces Princesa de Morny.

Alma de aquella corte de hombres ilustres y de mujeres hermosas, astro soberano de aquel centro en que se reunían el poder, el talento y la belleza era la Emperatriz Eugenia, que al par brillaba por sus admirables encantos y por su discreto ingenio.

No había hermosura que con la suya compitiese, y su gusto y su buen tono dictaban á la moda leyes.

Los soberanos más poderosos acudieron á rendirla homenaje en su palacio, y cuando acontecimiento trascendental en el mundo moderno, la apertura del Istmo de Suez, realizó por obra de la ciencia el milagro de unir dos continentes, ella acudió á presidir la ceremonia de inauguración, como las reinas antiguas presidían los torneos.

Los recuerdos de la patria nativa vivían siempre en el fondo de su alma. Todo estaba tranquilo cierta noche en las aguas donde los buques de todas las naciones habían acudido á solemnizar la unión de Europa y Asia. El yacht imperial francés que llevaba á su bordo á la Emperatriz y á su comitiva, descollaba entre las embarcaciones. Una lancha tripulada por jóvenes marinos se acercó á la nave real, y bien pronto turbaron el silencio de la noche los españoles sonos de la guitarra y los ecos melancólicos y apasionados de las canciones andaluzas.

La oficialidad de la fragata española Blanca daba una serenata á su compatriota la Emperatriz de los franceses.

Los recuerdos de la patria conmovieron el corazón de la

española, que subió en seguida á la cubierta del yacht, y recordó á los cantores esta copla:

«Ni contigo ni sin ti
Tienen mis penas consuelo;
Contigo, porque me matas,
Y sin ti, porque me muero.»

El viaje á Oriente que después de la inauguración del Istmo emprendió la Emperatriz, fué como un completo triunfo.

Los más ricos tapices se extendieron á su paso, y las más brillantes fiestas se realizaron en su obsequio.

Jamás mujer ninguna se vió tan halagada por la suerte. Poder, discreción, hermosura, todo lo reunía, y para que su dicha fuese completa, el cielo había bendecido su unión dando á su hogar un hijo y al trono un heredero.

Cuando después de las fiestas de las Tullerías, en que ella brillaba, se apagaban las luces y no quedaba en los espléndidos salones ningún cortesano, la Emperatriz se despojaba de las galas, y la reina dejaba lugar á la madre que mecía la cuna, donde á la sombra de las águilas poderosas del imperio dormía su hijo.

¿Quién no aseguraba á aquél niño, cuyo nacimiento celebraron las campanas de Nuestra Señora de París, y los cañones de Francia con repetidas salvas, un porvenir brillante?

¿Con cuántas venturas para él soñaría la madre cuando depositaba en su frente el más puro y más santo de los besos!

Un día los planes de la política llevaron á la patria por los caminos funestos de la guerra.

Los primeros disparos de aquella sangrienta y encarnizada campaña ahuyentaron para siempre la dicha que hasta entonces había sonreído á la Emperatriz Eugenia. Su patria de adopción, la patria de su esposo y de su hijo, el país en que era reina, fué vencido; el trono en que se alzaba, derrumbado; tuvo que demostrar energía en el Gobierno, y aunque ocupó por breves momentos la Regencia, probó que había nacido en la patria de doña María de Molina.

Pero fué inútil; todo se perdió, y bien pronto tuvo que vestir en el destierro los lutos de viuda, que fueron ya la completa renuncia de sus galas.

La sonriente y dichosa Emperatriz de las Tullerías, la sultana de Occidente había desaparecido; quedaba sólo la madre, y á su hijo consagró todo su afán y su cuidado.

Ver crecer aquel hijo era su consuelo en el destierro; amarle, su alegría. Los recuerdos de su brillante pasado, ni la pérdida de sus grandezas no la atormentaban, porque no hay nada que se sobreponga á las ilusiones y esperanzas de una madre.

El Príncipe se empeñó en partir á lejanos climas y á peligrosa guerra; su madre quiso apartarle de los dobles peligros de la peste y de las batallas; pero rogó en vano, y sus lágrimas no detuvieron al intrépido joven, que creía cumplir el destino de su raza.

Oyó con él la última misa junto á la tumba de su esposo; le acompañó al vapor que debía conducirle á la muerte; recibió sus besos y quedó esperando.

La mansión de Chislehurst fué desde entonces más sombría; la Emperatriz pasaba largas horas en las habitaciones de su hijo, intentando mitigar con la presencia de los objetos que le eran familiares los dolores de la ausencia, y sus horas más felices eran las en que llegaba el correo.

Cartas, periódicos, todo lo leía con incesante anhelo, esperando hallar noticias de su bien amado.

Un día el correo no llega, y en la frente de todos los que la rodean lee tristeza. Léjos, muy léjos de ella, su hijo había encontrado terrible muerte, y aquel Príncipe que nació á la sombra de poderoso trono, yacía cadáver, desnudo, mutilado, en país salvaje.

De todas las grandezas con que vino al mundo sólo quedaba sobre su cuerpo la santa imagen de la Virgen, que le puso su madre.

La que experimentó las mayores dichas de la tierra sufre hoy los más crueles rigores de la desgracia.

Aun los que no fueron cortesanos de su gloria lo serán de su dolor, y aquí en su patria nunca han de faltar á la Emperatriz Eugenia respetos profundos y consuelos sinceros.

Hay una majestad que se impone á todas: la majestad de la desgracia.

LA KASAB.

TIRO DE PICHON DE MADRID.

Tirada ordinaria del día 20 de Junio de 1879, á las cinco de la tarde.

1.ª Match.—En 3 pichones.
Sr. Du Bosc.—011.—G. á 22 metros.
Sr. Okolicsanyi.—100, á 24 metros.

2.ª Match.—Igual al anterior.
Sr. Okolicsanyi.—010.—G. á 24 metros.
Sr. Du Bosc.—000, á 23 metros.

3.ª Match.—Lo mismo que el anterior.
Sr. Okolicsanyi.—010.—G. á 25 metros.
Sr. Du Bosc.—000, á 23 metros.

4.ª Match.—Igual á los anteriores.
Sr. Okolicsanyi.—000—01.—G. á 26 metros.
Sr. Du Bosc.—000—00, á 23 metros.

5.ª Píña.—Cada tirador á su distancia: en 5 pichones, 3 tiradores.

Sr. Okolicsanyi.—4/5.—G. á 24 metros.
6.ª Píña.—Lo mismo que la anterior.
Sr. Conde de Gomar.—4/5.—G. á 26 metros.

7.ª Píña.—Lo mismo que la anterior.

Sr. Conde de Gomar.—00111—1.—G. á 27 metros.
Sr. D. José Armero.—11001—0, á 24 metros.
8.ª Píña.—Igual á las anteriores: 4 tiradores.
Sr. D. José Armero.—10011—11.—G. á 24 metros.
Sr. Okolicsanyi.—01110—10, á 25 metros.
Sr. Conde de Gomar.—11010—10, á 28 metros.

La tirada terminó á las siete y media.

AVELINO.

Tirada ordinaria del día 27 de Junio de 1879, á las cinco y media de la tarde.

1.ª Match.—En 3 pichones.
Sr. D. Eduardo Anspach.—011.—G. á 29 metros.
Sr. Okolicsanyi.—00, á 24 metros.

2.ª Match.—Igual al anterior.
Sr. Okolicsanyi.—111.—G. á 24 metros.
Sr. Anspach.—10, á 30 metros.

3.ª Match.—Lo mismo que los anteriores.
Sr. Anspach.—111.—G. á 30 metros.
Sr. Okolicsanyi.—01, á 25 metros.

4.ª Match.—Igual á los anteriores.
Sr. Anspach.—101.—G. á 30 metros.
Sr. Okolicsanyi.—001, á 25 metros.

5.ª Match.—En 5 pichones.
Sr. Anspach.—1111.—G. á 30 metros.
Sr. Okolicsanyi.—1010, á 25 metros.

6.ª Match.—En 3 pichones.
Sr. Okolicsanyi.—111.—G. á 25 metros.
Sr. Anspach.—10, á 30 metros.

7.ª Match.—Igual al anterior.
Sr. Anspach.—101.—G. á 30 metros.
Sr. Okolicsanyi.—100, á 26 metros.

8.ª Píña.—En 3 pichones: cada uno á su distancia, 3 tiradores.

Sr. Anspach.—2/2.—G. á 30 metros.

9.ª Píña.—Lo mismo que la anterior.

Sr. Anspach.—2/3.—G. á 30 metros.

10.ª Píña.—Igual á las anteriores.

Sr. Anspach.—2/2.—G. á 30 metros.

11.ª Píña.—En un pichon: cada uno á su distancia, 3 tiradores.

Sr. Anspach.—2/2.—G. á 30 metros.

12.ª Píña.—A 22 metros: carambolas, 4 tiradores.

Sr. Anspach.—10—01—12.—G.

Sr. Du Bosc.—10—01—00.

13.ª Píña.—En un pichon: cada tirador á su distancia, 4 tiradores.

Sr. Anspach.—1—11.—G. á 30 metros.

S. M. el Rey.—1—0, á 25 metros.

Sr. Du Bosc.—1—10, á 22 metros.

Sr. Okolicsanyi.—1—10, á 26 metros.

Presenciaron las últimas piñas Mme. Okolicsanyi y Don Vicente Beltran de Lis.

La tirada terminó á las siete y media.

AVELINO.

MERCADO DE MADRID.

El precio de la carne ha fluctuado en la última quincena de 14 á 14,50 pesetas arroba. El pan de dos libras, de 42 á 46 céntimos de peseta. El carbon, á 1,75 pesetas arroba. El aceite, de 17 á 18,50 pesetas arroba. El vino, de 6,50 á 10 pesetas. El trigo, de 17,40 á 18,68 fanega. Y la cebada, de 9,72 á 10,20 fanega.

CUADRADO DE PALABRAS.

Solucion del cuadrado del número anterior.

C	e	r	e	s
e	p	i	r	o
r	i	z	a	r
e	r	a	t	o
s	o	r	o	a

Para dar la solución en el próximo número.

I.

- 1.ª Flores bellas y olorosas.
- 2.ª Puerto de Rusia.
- 3.ª Utensilio preciso para pescar.
- 4.ª Plato que no falta en las comidas inglesas.
- 5.ª Nombre de una habitación, donde se recibe.

PROPIETARIO,

D. J. Luis Albareda.

Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Azibau y C.
(sucesores de Rivadeneyra),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.

ANUNCIOS.

FLORE

DES SERRES ET DES JARDINS DE L'EUROPE.

Anales generales de Horticultura comprendiendo todo lo que concierne á la jardinería de utilidad y recreo, el cultivo de las plantas de estufa y de jardín, el de las plantas comestibles, árboles frutales y forestales, descripción de las plantas recientemente introducidas en los jardines, examen de las cuestiones de historia natural, meteorología y física general que interesen más directamente al cultivo, relaciones de viajes, etc.

Obra fundada en 1845 por Mr. L. Van Houtte.

PRECIO DE LA SUSCRICION.

Por tomos conteniendo más de 100 grabados de color y gran número de viñetas en el texto, franco de porte, 38 francos.

En la Exposición de la Sociedad Real de Horticultura de Florencia obtuvo esta obra una medalla de oro.

Dirigir los pedidos, en carta franqueada, á Mr. Louis Van Houtte, propietario del establecimiento hortícola de Gendbrugge. GAND (Bélgica).

Mrs. DOUGALL.

Proveedores de S. A. A. R. R. el Príncipe de Gales y el Duque de Edimburgo.

59, St. James's Street, Picadilly.—Londres.

PRECIO DE ESCOPETAS DOUGALL.

Escopeta, sin caja, 1.375 pesetas.

Escopeta con caja completa, 1.650 pesetas.

Extracto de algunos premios ganados con las escopetas Dougall, desde Julio de 1878 á Marzo de 1879.

Mónaco, Enero de 1879. Gran premio del Casino, Mr. G. Nopwood, un objeto de arte, 318.000 francos.—Mónaco, Febrero. Premio segundo, Conde de Chastel.—Florenia, 13 de Marzo. Gran premio de San Donato, Mr. Hopwood.—Bruselas, Marzo. Premio d'Uccle, Mr. Ophoven.—Segundo premio, Principe de Croy.—Mónaco, 27 de Marzo, Gran premio de Cloture, un objeto de arte, Mr. Hopwood.—Segundo premio, 1.800 francos, Mr. A. Rush, y 4.500 francos, Conde de Chastel.

Ganado en Mónaco por las escopetas Dougall, 55.000 francos.



VAPORES-CORREOS

TRASATLÁNTICOS

DE

A. LOPEZ Y COMPAÑIA.

NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1879.

PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Salen de Cádiz los días 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los días 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga.

Se expenden tambien billetes directos vía de Cádiz, para

Santiago de Cuba, Gibara y Nuevitás,

con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la empresa, ó con trasbordo en la Habana si se desea.

Más informes, en Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripoll y compañía.—Santander, Angel E. Perez y compañía.—Coruña, F. la Guarda.—Valencia, Dart y Compañía.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Julian Moreno, Alcalá, 28.

VINOS DE BURDEOS.

Médoc, Chateau-Laffite, Latour, Margaux, Saint-Emilion de las mejores marcas; Cognac, Fine Champagne.—Licores de Burdeos, á precios equitativos.

Se sirven pedidos desde cajas de 25 botellas en los vinos y 12 en los licores.

Para hacer pedidos y más pormenores de precios, etc., dirigirse á la Administracion de este periódico, Villanueva, 6, principal.

GUANO NATURAL DEL PERÚ.

Dirigirse á D. José Eusebio Rochelt.

BILBAO.

ARMAS Y EFECTOS DE CAZA.

ALCALÁ, 5, MADRID.

Especialidad en cartuchos de todos los calibres para escopetas centrales y Lefauchaux.

AGENCIA AGRÍCOLA DE EL CAMPO,

á cargo de D. ESTANISLAO MALINGRE, á quien debe dirigirse la correspondencia en esta Administracion, Sordo, 29.—Madrid.

ABONOS.—MÁQUINAS.—SIMIENTES.—CONSULTAS.

Hemos fundado esta Agencia con el propósito de facilitar á los propietarios y labradores, celosos de mejorar sus cultivos y de AUMENTAR SUS UTILIDADES, la adquisicion, á los precios más reducidos posibles, de los abonos químicos y minerales, máquinas y simientes que necesiten hacer venir del extranjero.

Los abonos químicos particularmente han sido objeto de un detenido y concienzudo examen, y de nuestros cálculos resulta que esos preciosos é indispensables agentes de fertilidad importados de Marsella, Agen, Nantes ó de algunas fábricas de Inglaterra, llegan á cualquier punto de España á precios más baratos que los producidos en el país, á pesar de la abundancia de primeras materias que tenemos.

Ofrecemos dar todo género de explicaciones sobre sus aplicaciones prácticas y sus precios en cada localidad.

FERRO-CARRILES DE MADRID Á ZARAGOZA Y Á ALICANTE.

SERVICIO DE TRENES.

Líneas de Alicante, Valencia y Cartagena.

	MIXTO.	MIXTO.	MIXTO.	CORREO.
Madrid, salida...	7.00 m.	9.00 m.	6.30 t.	7.50 n.
Toledo, llegada...	10.15 m.	»	9.45 n.	»
Alicante, llegada...	»	5.25 m.	»	10.45 m.
Valencia, llegada...	»	8.40 m.	»	11.29 m.
Cartagena, llegada...	»	9.00 m.	»	1.35 t.

	MIXTO.	MIXTO.	MIXTO.	CORREO.
Cartagena, salida...	»	4.30 t.	»	12.45 t.
Valencia, salida...	»	5.30 t.	»	2.55 t.
Alicante, salida...	»	8.20 n.	»	4.20 t.
Toledo, salida...	7.12 m.	»	5.00 t.	»
Madrid, llegada...	10.27 m.	6.15 t.	8.40 n.	8.30 m.

Líneas de Andalucía, Extremadura y Portugal.

	MIXTO.	CORREO.
Madrid, salida...	7.00 m.	9.00 n.
Córdoba, llegada...	2.33 n.	12.41 t.
Granada, llegada...	4.00 t.	10.39 n.
Málaga, llegada...	11.44 m.	8.30 n.
Sevilla, llegada...	8.35 m.	5.48 t.
Cádiz...	»	10.30 n.
Ciudad-Real, llegada...	5.28 t.	6.04 m.
Badajoz, llegada...	11.10 m.	5.34 t.
Lisboa, llegada...	»	5.35 m.

	MIXTO.	CORREO.
Lisboa, salida...	»	8.00 n.
Badajoz, salida...	3.30 t.	8.15 m.
Ciudad-Real, salida...	10.05 m.	8.45 n.
Cádiz, salida...	»	5.15 m.
Sevilla, salida...	6.25 t.	10.00 m.
Málaga, salida...	4.00 t.	7.15 m.
Granada, salida...	11.30 m.	5.00 m.
Córdoba, salida...	12.50 n.	2.23 t.
Madrid, llegada...	8.40 n.	6.05 m.

Líneas de Zaragoza, Barcelona, Navarra y Bilbao hasta Logroño.

	MIXTO.	MIXTO.	MIXTO.	CORREO.
Madrid, salida...	7.05 m.	11.00 m.	4.35 t.	7.45 n.
Guadalajara, llegada...	9.20 m.	1.10 t.	6.45 t.	9.23 n.
Zaragoza, llegada...	8.45 n.	»	»	6.10 m.
Barcelona, llegada...	»	Domingos	»	8.00 n.
Pamplona, llegada...	»	y días	»	12.41 t.
Logroño, llegada...	»	festivos	»	10.45 n.

	MIXTO.	MIXTO.	MIXTO.	CORREO.
Logroño, salida...	»	»	Domingos	4.28 t.
Pamplona, salida...	»	»	y días	2.00 t.
Barcelona, salida...	»	»	festivos	7.00 m.
Zaragoza, salida...	6.50 m.	»	»	9.25 n.
Guadalajara, salida...	7.54 n.	7.40 m.	5.10 t.	6.35 m.
Madrid, llegada...	10.04 n.	9.55 n.	7.25 n.	8.26 m.

La m. significa mañana; la t. tarde y la n. noche.

Los trenes correo sólo llevan, por regla general, coches de 1.ª y 2.ª clase: los mixtos llevan coches de 1.ª, 2.ª y 3.ª clase.

GUÍA DE CARRERAS

DE CABALLOS DE LA PENÍNSULA,

1878 á 1879.

Con el reglamento de las carreras.—Reuniones que ha habido en la Península. Caballos que han ganado.—Importe de los premios.—Estados comparativos.—Fechas de las carreras y cuantos datos puedan interesar á los propietarios de caballos y aficionados.—Precio, 8 reales.

PERFUMERÍA DE PASCUAL.

Arenal, 2, MADRID.

PATROCINADA POR LA MÁS DISTINGUIDA SOCIEDAD DE LA CORTE Y PROVINCIAS.

Todas las especialidades del ramo de perfumería fina extranjera de fábricas de reconocida reputación se hallan de venta en este tan antiguo como acreditado establecimiento.

Esta casa sirve los pedidos de su numerosa clientela de provincias previa remesa de su importe.

Las personas que deseen informes sobre el uso ó precios de cualquier artículo, deben acompañar los sellos de correo para la contestacion al dirigirse á la

PERFUMERIA DE PASCUAL,

Arenal, 2, Madrid.

Agentes exclusivamente encargados de sus compras en París y Londres, para precaver las infinitas falsificaciones que se hacen.

Especialidad en Blancos, Rojos y Tintes.